



Antología poética

Vicente Wenceslao Querol

[**Nota preliminar:** edición digital a partir de *Rimas*, Madrid, Manuel Tello, 1891, y cotejada con la edición de Luis Guarnier, Madrid, Espasa Calpe, Colección Clásicos castellanos, 1964.]



Epístolas



Carta

Al señor don Pedro A. de Alarcón acerca de la poesía

Amigo, cedo al fin. Los que dispersos
entregué al aire vano
en mi edad juvenil fútiles versos,
hoy con piadosa mano
recojo y cierro en el modesto libro,
que al triste olvido de la edad entrego,



o al duro fallo de los tiempos libro.
Lo engendré en la nocturna
fiebre de mis pasiones primerizas,
y hoy guardo en él, como en sagrada urna,
del corazón las cálidas cenizas.

En él están mis infantiles sueños,
el laurel disputado en arduas lizas,
de la osada ambición locos empeños,
la fe jurada, la esperanza muerta,
la aspiración incierta,
los horizontes del amor risueños:
cuanto amé y esperé. Huecas y frías
en el oído extraño,
ajeno a mi placer, sordo a mi daño,
sonarán siempre las canciones mías;
pero, al volver sus páginas, yo encuentro
mi gozo entre ellas o mi antigua angustia,
cual suele hallarse dentro
de un olvidado libro una flor mustia.

Yo cobarde no oculto
mi fe en ti, desdeñada Poesía,
ni el ciego amor y el fervoroso culto
con que en tus aras me postré algún día.
No reniego de ti cuando la mofa,
cuando el villano insulto
responden sólo a tu vibrante estrofa;
no aparto de mi labio
de tu cáliz de hiel las negras heces,
ni te abandono al miserable agravio,
o a las burlas soeces
del vulgo, indigno de tu noble estro;
y cuando ante el siniestro
tribunal vas de tus inicuos jueces,
yo, discípulo tuyo, por tres veces
no negaré al Maestro.

¡Santa palabra de Jehová!

-Con ella

Moisés cantó el enojo
con que borró de Faraón la huella
en sus líquidos antros el mar Rojo;
con ella sobre Nínive sujeta

al yugo del pecado, y sobre Tiro,
y en la ancha plaza de Sidón inquieta,
quejumbroso suspiro
o eterna maldición lanzó el Profeta;
con ella, junto al cauce
del extranjero río, su salterio
colgando al tronco del umbroso sauce,
lloró Judá su amargo cautiverio;
con ella dijo su doliente cuita
Job a la inmunda fiera del desierto;
y con ella la hermosa Sulamita
cantó al amor en su cercado huerto.

¡Numen severo de la historia!

-Vive

todo lo que el poeta
con sabio ritmo sonoro escribe;
muere lo que desdeña! -Allá, en la vaga
muda extensión del páramo infinito,
la soberbia pirámide naufraga;
la esfinge de granito
se hunde en la arena movediza; el verde
musgo los templos de Ática sepulta;
la corva reja del arado muerde
las feraces colinas
donde su oprobio Babilonia oculta:
el rebaño del árabe se pierde
entre las vastas ruinas
que cubren tus llanuras, oh Cartago,
mientras que en las vecinas
costas de Italia, con el propio estrago,
tu egregia vencedora,
la Reina de las águilas latinas,
sola, entre tumbas profanadas, llora.
Envuelta en el sudario
de un vergonzoso olvido,
fuera la Tierra el miserable osario
de las humanas razas, si el gemido
o el cántico de gloria
de los antiguos vates,
eco veraz de la solemne historia,
no nos trajera en clamoroso ruido

sus fragorosas ruinas y combates,
ayes de muerte y gritos de victoria.
De un siglo al otro siglo el viento lleva,
en las vibrantes cuerdas de la lira,
la predicción de la esperanza nueva
o el triste llanto de la edad que expira;
y como en la callada
soledad de las noches, de astro en astro
vuela el pálido rastro
de la luz increada,
así el vate, en la oscura
noche del tiempo, que el pasado esconde,
habla a los bardos de la edad futura,
y Osián los cantos de Ilión murmura
y Dante al salmo de David responde.

¡Hija de la Belleza!

-A la alborada,
de blanca luz ceñida,
a la aurora, de púrpura bañada,
y en la tarde apagada,
de húmeda niebla y de vapor vestida,
son sus joyas las perlas del rocío,
las flores son sus galas,
su claro espejo el transparente río,
los céfiros sus alas,
las rojas nubes sus movibles tiendas,
su blanda cuna las inciertas olas,
y el ancho espacio las etéreas sendas
por donde marcha a solas.
Gime en la selva que estremece el viento,
triste en la fuente solitaria llora,
canta del ave en el alegre acento,
ríe en la luz de la naciente aurora;
y cuando cruza con callado vuelo
la tierra, el mar o el cielo,
todo en ritmo sonoro
vibra al compás del cadencioso metro,
y en luminoso coro
van las estrellas de oro
rodando en torno a su extendido cetro.

¡Hija del sentimiento!

-En la indecisa
vaguedad del espíritu; en la calma
de la conciencia justa;
del débil niño en la infantil sonrisa;
en los deliquios lánguidos del alma;
del corazón en la soberbia augusta;
en la ira noble, en el amor materno,
en la ansia no cumplida,
en los hastíos de la humana vida
y en el místico amor de un bien eterno;
en el lóbrego abismo,
cárcel que la pasión fiera quebranta,
en el grito febril del heroísmo,
y en la oculta virtud, callada y santa,
como en el crimen mismo,
ella, la Poesía,
surge y cruza sombría,
y el puñal blande o la oración murmura;
ciñe a la virgen los nupciales velos;
solloza en la olvidada sepultura,
y, en los humanos duelos,
con la tendida diestra
a toda angustia inconsolable muestra
la eterna luz de los abiertos cielos.

Tal, en la edad confusa
en que a la vida el corazón despierta,
yo, la soñada Musa
vi en el umbral de la cerrada puerta,
que mi ambición ilusa
juzgó a la gloria y la esperanza abierta.
No entré..., pero en mi oído
sonó el grande rüido
de los santos acordes celestiales;
y aún hoy, en este olvido
y en esta amiga sombra,
donde es la paz un dítamo a mis males,
entre el silencio escucho, y aún me asombra,
el rumor de los himnos inmortales.

Tú, que has unido a ellos,
oh dulce amigo, tu canción sonora,
y alumbraste con vívidos destellos

esta noche del alma abrumadora:
brioso corazón que en las bastardas
horas sin fe, que nos legó el destino,
inmaculado aún guardas
de una alta estirpe el resplandor divino,
abre el libro y no temas,
al revolver las hojas
de mis pobres poemas,
que ose en ellos cantar glorias supremas
ni supremas congojas.
El débil numen que mi verso inspira
nunca osó ambicionar más noble palma
que traducir fielmente con la lira
la efusión de mi alma.



Epístola a un amigo

Seca en la frente del otoño acuoso
la corona de pámpanos se mira,
seca la pompa del vergel frondoso;
y fresca el aura que voluble gira,
silba tan sólo en la desnuda rama
o en la hojarasca marchitada espira.
Pálido el sol con entibiada llama
tardo los blancos horizontes dora,
y el mar, las costas azotando, brama.
¡Cuánto, amigo, ¡oh dolor!, mi alma que llora
en consonancia está, por su tristura,
con la estación del año asoladora!
Como el bosque su pompa y su verdura,
perdió marchito el pensamiento mío
su ilusión vaga y la pueril ternura.
Trocóse en viento agostador y frío
la brisa susurrante del deseo,
y la verdad iluminó el vacío.
Vuelto de aquel mi antiguo devaneo,
tan sólo a veces, como el mar instable,
olas alzar al pensamiento veo,



que el ímpetu quebrantan formidable
contra esa valla de menuda arena
de lo infinito oscuro, indescifrable,
con que Dios, como en lindes, lo encadena,
hasta que al fin de reluchar cansada,
calma sus ondas la razón serena.

¿En dónde estáis, claror de la alborada,
vívido sol de mis mejores días,
noche de estrellas, clara y perfumada?

Os llevasteis mi amor, mis alegrías,
y el horizonte de mi bien futuro
lo manchan de dolor nubes sombrías.

Alguna vez sobre su fondo oscuro
el rayo amarillento serpentea
de un bien soñado, inasequible y puro.

Aún brota de esperanza breve idea;
mal apagado el fuego de los años
aún, removiendo la ceniza, humea.

Tú, que aprendiste en luengos desengaños
triste a llorar por tu ilusión perdida,
piedad tendrás de mis presentes daños.

Por la arboleda umbrosa y escondida
muevo la planta perezosa, incierta,
de dulces sueños con el alma henchida.

La fantasía su dorada puerta
abre, y murmura al corazón llagado
cantos que el labio a traducir no acierta.

Marcho a la par del río sosegado,
y oigo su son por la desierta vega
triste gemir con eco atribulado;
a mí el rumor incomprensible llega
que la hojarasca removida al viento,
como la voz de su deseo, entrega;
y a esa lengua confusa, a ese lamento
del bosque y la ribera, aduno acaso
de mi pasión el dolorido acento.

Cuando tras las colinas del ocaso
el sol su disco enrojecido esconde,
marco en la playa el vacilante paso;

marcho abstraído sin saber a dónde,
y a la honda voz de mis secretas penas
triste el gemido de la mar responde.

¿Ese león, tendido en las arenas
que humilde llega hasta lamer mi planta,
y que si agita altivo albas melenas
con su rugido de furor espanta,
víctima acaso del destino llora?
¿Tal vez secretos sus placeres canta?

Por la extensión del agua bramadora,
cual mis deseos, piérdese en la bruma
lejos, allá, la nave bogadora.

De tensa vela, como blanca pluma,
e imagen vana de mi afán, la playa
cubren las ondas de fugaz espuma.

Doquier que sólo con mis penas vaya,
allí el trasunto de mi duelo encuentro,
que en todo mi alma lánguida desmaya.

Como en ciudad arruinada, entro
yo en mi interior, e imágenes de luto
y escombros cubren solitario el centro.

Miro sin pena, con el ojo enjuto,
por el gusano del dolor roído,
árbol de vida, tu inodoro fruto

Pero ¿a qué tanto lamentar? ¿Nacido
seré tal vez a consumir la vida
en llanto estéril y en tenaz gemido?

No: la pena del alma sacudida,
brote del goce la abundosa fuente
que con sus aguas de cristal convida.

Brille el placer en la serena frente:
noche, recoge tu crespón sombrío;
eterno luzca el sol en nuestro Oriente,
y mi existencia despeñado río
será, que arrastre entre sus turbias olas
cuanto se oponga a contrastar su brío;
¡la mujer!... con mil vagas aureolas
yo coronaba su figura leda
cuando en mis sueños la forjaba a solas.

Allá lejos, cruzar por la arboleda
yo la miraba, en ondas desdoblada
la suelta falda de crujiente seda.

Cual mariposa de oro matizada
brilla del sol al rayo purpurino,
yo vi brillar amor en su mirada.

¡Ay infeliz! Tú, amigo, si el divino
fuego sentiste del amor que en todo
arde, sabría mi mísero destino.

[...]

¡Gloria!, ¡ambición! El alma la atesora
y el corazón de su recinto estrecho
ansía ostentar la fuerza triunfadora.

Ora defienda popular derecho,
ora ambicione la guerrera palma,
dejad que lleno se desborde el pecho;
pronto rendido pediré la calma;
sangre en el lauro mirarán mis ojos,
y siempre un hueco en la región del alma.

Sigue el Hastío en pos de los Antojos,
triste verdad que amarga la existencia
el alma agita entre ansiedad y enojos.

Paz, ¿dónde estás? ¿Te encontraré en la ciencia?

¿De siglos mil los evocados manes
me darán la verdad con su experiencia?

«Vanos serán -me dicen- tus afanes:
¡ay de quien ose, habitador del suelo,
a guerra renovar de los Titanes!

Rotas las alas caerá en su vuelo:
confusos mira los que alzar intentan
nueva Babel para escalar el Cielo;
su propio orgullo con su rabia afrentan,
y esclavos siempre de sus sueños vanos
hoy la esperanza de su pecho ahuyentan.»

Yo os compadezco, míseros humanos,
mas con vosotros decaer me miro:
que igual cadena oprime nuestras manos.

¡Paz de las tumbas, perenal retiro,
única idea que te ostentas fija

del pensamiento en el constante giro!
¿Y aún hay quien loco su destino elija?
dejad que en tanto por oscura senda
mis pasos torpes sin afán dirija.
Se ha desceñido la encantada venda
mi dulce sueño y la ilusión no cabe:
nadie con ellas mi tristeza ofenda.
Tanta pálida frente al peso grave
del pensamiento que se inclina a tierra,
¿qué busca en ella?, ¿su destino sabe?
[...]
Esta palabra que el misterio encierra
mi alma arrobada en el silencio escucha:
«Es la materia con el alma en guerra,
es Israel que con el Ángel lucha.»

▽△

Carta

A don Bernardo Ferrándiz acerca de la pintura

Pintor, ¿no lo recuerdas?... ¡Han pasado
tantos años después!... En el oscuro
salón que aún guarda sobre el pardo muro
más de un lienzo sagrado
de los viejos maestros; donde exalta
el arte en alas de la fe Ribalta;
donde Orrente apacienta los corderos
en las verdes praderas;
donde en pos de las bélicas banderas
lleva March el tropel de sus guerreros;
donde del cuerpo el insufrible duelo
en el martirio atroz Ribera pinta;
donde con dulce y sonrosada tinta
Joanes traslada la visión del cielo,
yo, niño todavía,
las tres artes canté, bellas rivales,
en venturoso día;
tú, niño aún, con rica fantasía

▽△

soñabas ya en los cuadros inmortales.
Yo he callado después. Tú, peregrino
por la senda de abrojos,
has caminado hacia la excelsa cumbre,
en el fulgor divino
de la celeste lumbre
saciar ansiando tus nublados ojos.
Herculano en ruinas, donde mora
la Musa de la Grecia en los escombros;
Parténope, que llora
del tiempo el rudo agravio;
Roma, que aún lleva en los desnudos hombros
desgarrada la púrpura de Octavio;
Paris, cima y abismo,
con la canción impúdica en el labio
y en la frente el fulgor del heroísmo,
todo lo viste, penetraste en todo,
buscando en todas partes
la clave oscura, el ignorado modo,
la ciencia oculta de las nobles artes.
¿La hallaste al fin? -Tal vez sobre el proscenio
del viejo anfiteatro, hoy mudo y triste,
coronado de pámpanos tú viste
surgir de Grecia al sonriente genio,
fuerte, bello, desnudo;
la piel del león vencido
atada al cuello con flexible nudo;
en las manos la clava
de Hércules triunfador, y de Cupido
sobre los hombros la temible aljaba;
moviendo el paso al son del cadencioso
ritmo de Jonia; la canción amante
dulce en sus labios, cual la miel hiblea,
y en torno de él con vuelo silencioso
las águilas de Júpiter Tonante,
las palomas de Venus Citerea.
O del templo cristiano en la penumbra,
que una lámpara sola
con tenue rayo amarillento alumbra,
del gótico retablo
viste bajar, envuelta en la aureola

del ancho nimbo de oro,
el blanco pie sobre la sien del diablo,
y a entrambos lados el celeste coro
de las vírgenes bellas
que agitan verdes palmas,
con manto azul que bordan las estrellas,
a la Reina del cielo y de las almas.
Y viste su faz mustia
donde intenta el amor borrar las huellas
de la sufrida angustia;
en humilde actitud juntas las manos,
e inclinada la frente soñadora,
imagen de la fe de los cristianos
que espera, y ama, y compadece y llora.
¡Ah!, ¡de aquellos sublimes ideales
la inspiración ha muerto,
y perdió el alma con su rumbo incierto
la senda de las cumbres inmortales!
Hoy, sin guía y sin norma,
rueda al impulso de encontrados vientos,
sin fe en el culto de la antigua forma
y sin fe en los cristianos sentimientos.
¿Dónde posar la frente dolorida?
¿Cómo romper la niebla
que el pensamiento del pintor ofusca
y hallar el manantial de eterna vida
que, para los fantasmas con que puebla
sus mudos lienzos, el artista busca?
No hallará el sacro fuego en la sentina
de infame lupanar, ni en el regazo
de la infiel concubina,
que en los torpes excesos
de la orgía procaz, paga el abrazo
del ebrio amor con los vendidos besos.
Nunca el estéril vicio
pudo engendrar la inspiración inquieta.
Como el pálido asceta,
conviene a nuestros lomos el cilicio
del trabajo ceñir, áspero y rudo.
De Dios la voz secreta,
de la abstracción entre el silencio mudo,

coloquios dulces con el hombre entabla,
y al Artista, lo mismo que al Profeta,
sólo tras largas penitencias habla.

Tampoco en el trasunto
de la escena trivial la lumbré brota
de la obra eterna: que el vulgar asunto
flaca y cobarde aspiración denota;
y cuando en pobre tema
vida, luz y color, ciencia y estudio
vierte el pintor, yo niego la suprema
gloria a su nombre y su ambición repudio.
¡Quien grande quiera ser, sueñe en lo grande!

Quien en forjar emplea
frágiles obras los celestes fuegos,
es Titán que la clava enorme blande,
oprobio de su estirpe gigantea,
de vil histrión en los burlescos juegos.
De la unión de los hombres y las diosas
nació en la antigüedad la egregia raza
de los Héroes, de Júpiter rivales.
Cuando, ceñida de laurel y rosas,
la Musa al genio su destino enlaza,
nacen también las obras inmortales.

La línea vaga, cambiante, incierta
de la naturaleza, con segura
mano no basta aprisionar, y pura
trazarla y fiel sobre la tabla muerta.
No basta con precisa
tinta acusar la luz y la indecisa
sombra, y en cada objeto
descubrir el secreto,
del haz de rayos que en su tono entra.
Matices, luz, colores,
sombras y resplandores,
todo el tenaz artífice lo encuentra.

Pero el arte es crear. La exacta copia
que el inundo externo pálida remeda
trabajo estéril es, si en él no queda
algo viviente de nuestra alma propia.
Lo que al artista encumbra
es su poder para arrancar del cielo

algo del rayo que lo eterno alumbra:
es que del hondo anhelo
que un ancho surco en nuestra frente labra,
y del que agita al mundo
misterio arduo y fecundo,
él sabe acaso la única palabra.

De la matriz de las humanas cosas
que adulteró el averno,
él, aunque envuelto en sombras nebulosas,
guarda el modelo eterno.

Cada objeto del mundo es una letra
que el vulgo no adivina;
pero él las junta todas y penetra
la leyenda divina.

Pintor, medita y dime
si a ti te arrastra el vértigo sublime
de esa ambición tan alta,
y si, al mirar la cumbre inaccesible,
a un mismo tiempo el corazón te asalta
el miedo y el amor de lo imposible.

Dime si una locura
divina agita tu inmortal esencia;
si, entre el ruidoso aplauso, la amargura
sufres de la impotencia;
si odias tus propias obras; si falleces
cuando las horas de jornada cuentas,
y corres unas veces, y otras veces
sobre la orilla a sollozar te sientas;
y si en tu frente, doblegada al peso
de ese dolor que tu flaqueza acusa,
no has sentido posarse el fresco beso
de la invisible Musa.

Si eso sufriste, vencerás: no temas.
La santa inspiración todo lo sabe:
Dios le entregó la clave
de los arduos problemas.
Sube a la cumbre, sube,
aunque rasguen tus plantas los abrojos,
y humo leve será la parda nube
que hoy roba el cielo espléndido a tus ojos.
No confundas tu voz en la disputa

del hombre con el hombre,
que, con fe varia y con mudable nombre,
culto a los falsos ídolos tributa,
y acércate al Señor. -Una y eterna
es la Verdad que nuestra fe ilumina;
una también y enamorada y tierna,
es la Bondad divina.
Una es, pues, la Belleza. Aunque de lejos,
contigo yo, que su esplendor arrostro,
sé ya que son las Artes los reflejos
del sol que irradia en el divino rostro.

▽△

Carta

A don Gaspar Núñez de Arce con motivo de su libro «Gritos del combate»

¿Quién mintió que la noble,
sagrada Musa de mí patria, aquella
que con laurel y roble
perpetuos coronó la sien divina;
la que orgullosa renovó en Lepanto
el himno triunfador de Salamina;
la que, aún Más orgullosa, alzó su canto
de Trafalgar en los funestos mares,
diciendo el alto honor de los vencidos;
la que osó el Dos de Mayo
por gritos de venganza los gemidos,
y por glorias cambiar hados adversos;
quién mintió que olvidaba en cruel desmayo
su plectro de oro y sus antiguos versos?
Callaba cuando impura
rasgaba la bacante en nuestra escena
los pliegues de su tenue vestidura,
del vulgo infame entre la risa obscena;
callaba cuando el labio
de oscuros vates pronunciar solía
la ruín lisonja o el cobarde agravio,
la mofa torpe o la blasfemia impía;
callaba cuando, en medio

▽△

de la común desolación, tronaban
las báquicas estrofas de la orgía;
callaba cuando el tedio
falso, o el falso amor, ¡ay!, arrancaban
a la materna lira,
no el triste verso o la canción sonora,
no el rugir de la guerra bramadora,
sino el eco fugaz de la mentira.
Callaba... mas no ha muerto,
que ella las puertas sobre el férreo gonce
dobló, cerrando el templo antes abierto,
y de pie en el umbral guarda con ira
mudo en las manos su clarín de bronce.

Ella, la Musa egregia
de nuestros siglos de oro, que en las cimas
del Helicón naciera, y en la regia
pompa educóse de la eterna Roma,
te dio el secreto de las doctas rimas
y el decoro inmortal del patrio idioma.
Mas no con la radiante
luz de la gloria en los ardientes ojos,
me aparece en tus versos, ni la fibra
hiere en mí de la saña y los enojos
cuando las cuerdas en tu plectro vibra,
ni, en el aire extendiendo el áureo cetro,
los rumorosos vientos y los mares
sojuzga al son del cadencioso metro.
¡Cuál plañe en tus cantares!
¡Cómo la frente mustia
dobla en silencio sobre el casto seno,
y el rostro, antes sereno,
reprime mal su abrumadora angustia!
Yo sollozo leyéndote, y, oculto
mi rostro entre ambas manos, pienso en duda
si es lo que siento en mí vergüenza muda,
flaca abyección o rabia ante el insulto.
Como el acero que deslumbra y mata,
tu verso hiere y brilla:
poeta, me arrebató
tu estrofa, y, ciudadano, me mancilla.
Y a tan confusa turbación me obligo,

que, cuando el vuelo raudo
de tu indignada inspiración yo sigo,
la ira sublime entusiasmado aplaudo;
mientras me duelo de que en bronce esculpas
con un buril de fuego nuestros males,
y hagas eterno, en versos inmortales,
el infame baldón de nuestras culpas.

¿Por qué tu canto, émulo
del de los viejos vates,
suena febril y trémulo,
y el rostro anublas y la frente abates?
¿Por qué, cuando las nombras,
pasan por él como angustiadas sombras,
la FE, rasgando su piadosa venda;
ebria la LIBERTAD y envilecida,
y, con sangrienta herida,
muerta la PATRIA en la civil contienda?

¿No será que tu espíritu conturba
el que atruena el espacio
grito feroz de la mudable turba,
o que abandonas, lacio,
la lanza el día en que el combate estalla,
arrojando en los campos de batalla
el escudo de Horacio?

¿Quién sabe?... Yo en el puerto,
desde la húmeda playa,
miré a lo lejos la argentada raya
que el buque deja tras el surco abierto;
mas no seguí tu estela,
ni osé cortar del muelle el rudo cable
para fiar mi vela
al viento loco y a la mar instable.

¿Cómo hablar de tormentas no sufridas?
¡Dejad que de ellas hable
el nauta audaz, cuya tostada frente
quemó el sol de otras zonas no sabidas
en busca de ignorado Continente;
que a la borrasca negra
venció en gigante lucha en mar remoto,
y al puerto vuelve, que su vista alegre,
deshecho el casco y el velamen roto!

¿Quién sabe?... Es el poeta
fiel sacerdote que custodia oculto
del viejo dogma el profanado culto,
o es del lejano porvenir profeta.
Es nube en la que arde,
o el primer rayo de la nueva aurora,
o el último destello de la tarde;
y de su lira en la vibrante cuerda
la canción ansia o llora,
vaticina o recuerda.

Cuando la lucha arrecia
entre los pueblos de Ática, levanta
su voz Homero y las hazañas canta
de la pasada Grecia;
cuando en locas orgías
Judá los dioses de metal adora,
retumba en los espacios vengadora
la voz de Jeremías;
en poema o idilio,
recuerda a Roma, meretriz o esclava,
su excelso origen, o del campo alaba
la dulce y santa libertad, Virgilio;
a los tiranos de su pueblo Dante
condena en el Infierno a eternos duelos,
y a su patria angustiada, agonizante,
Milton abrió las puertas de los cielos.

No arroje, pues, tu mano
flaca el acero y con injusto mote
llames a la virtud un nombre vano,
condenando tu patria al duro azote
del vulgo necio o del audaz tirano.
Cuando tu lira vibres,
haz que en las almas libres
la fe, el amor o el entusiasmo brote;
marca su ruta al caminante incierto;
muestra el redil a las dispersas greyes:
sé como fue la nube del desierto;
sé como fue la estrella de los Reyes.
¡Poeta! tú, que labras
hondo surco en las ánimas sencillas,
y arrojas a los vientos tus palabras,

cual fecundas semillas:
que no pasen cual ráfagas de estío
por los espacios tersos,
sino cual fresco y matinal rocío
de los cielos tus versos.
Y sé como el arbusto que levanta
su tallo entre las charcas cenagosas,
y el lodo vil, en que fijó la planta,
trueca en capullos y en fragantes rosas.



Carta

Al señor don Alfredo Weil, poeta

De la orilla del mar de Galatea,
junto al risueño golfo que aprisionan
de Diana el temido promontorio
y de Sagunto las sagradas rocas,
estas, que el ocio me dictó, os envío,
tributo de amistad, pobres estrofas.
Apenas vuelto a los paternos lares,
vi surgir ante mí, no ya la hermosa,
la enardecida poesía aquélla
de mis antiguas juveniles odas,
sino la triste musa del recuerdo
que las muertas imágenes evoca.
Con ella cruzo las ocultas sendas,
oigo que gime en las murientes olas,
pasa cantando entre el ramaje umbrío,
vela al umbral de las pajizas chozas,
me mira con la luz de las estrellas,
me sonrío en las tintas de la aurora,
reza conmigo en el callado templo,
o ante las tumbas de mi amor se postra,
y, sentada a mi lado, sobre el césped,
cuando la tarde, al declinar, prolonga,
sobre las aguas trémulas del río,
de los gigantes álamos la sombra,
con voz, que sólo en mi interior percibo,



de mi alma traza la ignorada historia.

¡Musa de los recuerdos!

¡Aún con ella
todo a mis ojos cambia, y todo cobra
vida y color y movimiento!

¡Alegres
campos de eterna juventud! ¡Fronosas
márgenes de los ríos, blanquecinas
y festivas aldeas, pardas lomas
coronadas de pámpanos, azules
sierras lejanas que, unas tras de otras,
la frente alzáis para lanzar al llano
vuestras torvas miradas envidiosas!
Inmenso mar y serenados cielos,
todo en mí se concentra, en todo flota
mi renaciente espíritu, y con todo
busco, con ansia enamorada y loca,
forjar y unir, con imposible intento,
de la lira que amé las cuerdas rotas.

¡Ah!, si lograrse yo que enternecidas
fueran voz de mis cánticos, la forma
no imitaría, nebulosa y triste,
de los vates germánicos. No llora
aquí, soñando inasequibles bienes,
la pasión del amor, fiera o medrosa.
No desgarran nuestro ánimo las dudas
del humano destino, y las zozobras
del insondable porvenir. Las nieblas
no enturbian el paisaje ni las pompas
del horizonte espléndido. Los mares
no se estrellan sombríos en las costas,
ni rueda el sol por los plomizos cielos
como astro muerto de apagada escoria.

Aquí aún domina la riente Grecia;
el mar Mediterráneo aún es la copa
donde beben los dioses. Nuestras hijas
aún guardan el troquel de aquellas mórbidas
Venus de Fidias; nuestros fuertes hijos
aún, contra el ágil luchador, la gloria
disputaran del circo. En nuestros valles

aún, al compás de rústica zampona,
la Égloga canta, y el amante Idilio
aún a la sombra del frutal retoza.
Va el pescador con las latinas velas
sobre las aguas de la mar de Roma,
y aún escucha la voz de las sirenas
que desde el negro escollo le provocan.
Bajo el cristal de las serenas fuentes
las invisibles ninfas tejen solas,
cuando la luna en las tranquilas noches
va a bañarse en sus aguas temblorosas.
Y Apolo vuelve al despuntar el día,
los caballos flamígeros azota,
y cruza el mar, las tierras y los cielos
de pie sobre su carro de victoria.
Por eso, dulce, inolvidable amigo,
hijo yo de los héroes y las diosas,
quise, aunque en vano, de mi noble estirpe
dignas hacer mis olvidadas trovas.
Como el desdén al amador incita,
tal me enloquece a mí la veleidosa
musa gentil que cortejé mancebo
y que hoy me esquivo y de mi afán se mofa.
Yo intentaré ablandarla con mis ruegos,
y, cuando lleguen las temidas horas
de la infecunda ancianidad, quisiera
por estos valles y apacibles frondas,
viejo Sileno, con la sien ceñida
de húmeda yedra y de marchitas rosas,
ir guiando el tropel de espigaderas,
cuando el fuego estival la mies sazona
y, a la vendimia, en las alegres danzas
saltar cogido a las garridas mozas.

▽△

Rimas

▽△

A orillas del ancho río
se levanta un árbol muerto,
que arraiga en húmeda tierra
y alza los brazos al cielo.

¿Para qué pasan las aguas
su pie nudoso lamiendo?

¿Para qué las tibias brisas
de abril le prodigan besos?

¿Para qué en las ramas secas
detiene el pájaro el vuelo?

Ni henchirá el tronco la savia,
ni hojas moverán los vientos,
ni el dulce fruto o el nido
hallará el ave allí dentro.

.....

¡Savia, frutos, nidos, hojas!

¡Vida, amor, nobles intentos!

▽△

▽△

- II -

Para saltar las piedras del torrente
que a nuestros pies bullía,
sobre mi mano ardiente
puso su mano fría.

Breve instante las aguas cristalinas
copiáronla en su centro,
como si aún las ondinas
morasen allí dentro.

Hoy, cuando cruzo la corriente a solas,
aún el raudal de plata
de las trémulas olas
miro si la retrata.

▽△

▽△

- III -

¿Porque a la cumbre de la ciencia subes,

▽△

juzgas que no te engañas?
¿Quién no creyó montañas a las nubes
y nubes las montañas?

▽△

- IV -

Al río Valira

Detrás del tronco del añoso sauce
el soldado español puesto en acecho
ve indiferente su sangrienta fauce
cómo hunde el lobo en su raudal estrecho.
Pero si un hombre al codiciado cauce
baja, su bala le atraviesa el pecho.
Que hoy nuestra raza, en la que el odio impera,
niega al hermano lo que da a la fiera.

▽△

▽△

- V -

Nuestras ideas y pasiones copia
la mujer en su alma;
mas la rudeza varonil endulza
y suaviza al copiarlas.
Así la luna en los dormidos cielos
brilla con luz prestada;
pero el fuego del sol que la ilumina.
trueca en rayos de plata.

▽△

▽△

- VI -

Callad ya, sonoras trovas.
Laúd, permanece mudo.
Morid, risas, con que necio
la orfandad del alma insulto.

▽△

La vid con alegres pámpanos
preserva los tiernos frutos
del rayo del sol, del viento
y de los chubascos turbios;
mas si el labriego la priva
de sus racimos maduros,
al soplo del cierzo entrega
la vid sus pámpanos mustios.

▽△

- VII -

De tu hipócrita fe roto ya el velo,
hoy con vergüenza mi pasión escondo.
Fingir supiste el amoroso anhelo,
cual copiar sabe el cenagoso fondo
de charca vil la claridad del cielo.

▽△

▽△

- VIII -

Cruzaba contigo el valle
a la hora en que las últimas
luces de la tarde el cielo
con rojas tintas alumbran,
cuando, al llegar a la fuente
que bajo el nogal murmura,
encontramos a una hermosa
gitanilla vagabunda.
-«¿No querrá el buen caballero
que en las líneas que se cruzan
sobre su diestra, adivine
cuál es su suerte futura?»
Tendí mi mano riendo,
mientras que, con honda angustia,
tú interrogabas los ojos
de la pitonisa muda.
-«Vos iréis -dijo la maga-

▽△

de un soñado bien en busca,
loco tras de un imposible.
que no habéis de lograr nunca.»
Yo escuché entonces un leve
suspiro del alma tuya
pasar llevando en sus alas
la afirmación de tus dudas.
-«Vos iréis por luengas tierras,
juguete de la fortuna,
hasta que en lejanos climas
una hermosa niña rubia
os aprisione en los lazos
de aquel amor que no dura
más que lo que duran breves
la juventud y hermosura.»
Tú doblaste sobre el pecho
la pálida frente mustia,
y apoyaste sobre mi hombro
las trémulas manos juntas.
-«No fiéis del falso amigo
que el traidor puñal aguza,
ni de la mujer querida
que miente el amor que os jura.»
En sollozos comprimidos
rompió al fin tu pena aguda,
y de tus nublados ojos
cayó el llanto en blanda lluvia.
Sentados junto a la fuente
nos vio la naciente luna,
oprimiendo con mi brazo
yo tu delgada cintura,
doblado tu la cabeza
entre risueña y confusa,
y escuchando estas palabras,
que ojalá no olvides nunca:
-«El porvenir de mi vida
sólo ha de ser obra tuya:
tu amor sencillo y eterno
será mi buenaventura.»

- IX -

A...

Nunca sabrás tal vez que yo te adoro;
nunca tú en mi semblante
verás las huellas del amargo lloro
del dulce lloro que por ti derramo,
ni mi labio arrogante
nunca osará esta frase, que devoro,
junto a tu oído pronunciar: «Te amo.»

▽△

▽△

- X -

En las grietas de la vieja torre
polvo al pasar el huracán dejó;
trajo el ave en su pico la semilla;
cayó la lluvia y, cuando vino el sol,
entre las piedras de la torre antigua
brotó una flor.

▽△

Tú has sido para mí, niña inocente,
el viento, el ave que pasó veloz,
la gota de agua, el sol de primavera
cuya fecunda y misteriosa acción
entre las ruinas de mi ser engendra
nuevo el amor.

▽△

- XI -

¿Ves esa lámpara triste
que en la olvidada capilla
del viejo templo cristiano,
junto a la Virgen bendita,
las sombras apenas vence,
pero inalterable brilla?
Siglos hace que sus rayos
ante la imagen vacilan;

▽△

siglos vendrán... y ella siempre
arderá blanca y tranquila.
No alumbró nunca el insomnio
de desvelada codicia,
ni la estremecieron nunca
los cánticos de la orgía.
Clara estrella sin ocaso,
como la del Norte, fija;
sagrada luz que no muere
cual muere la luz del día.
Amor la encendió, y de entonces
el devoto amor la cuida;
y, símbolo de una eterna
pasión, única y sencilla,
vivirá mientras la imagen
a que da sus lumbres, viva.

.....
Yo sé di un alma que arde
por ti en casto amor, oh niña,
como la lámpara triste
de la olvidada capilla.

▽△

- XII -

Si la humana razón con lumbré intensa
el fondo incierto de las causas busca,
la duda engendra, que, cual niebla densa,
al alma envuelve y la conciencia ofusca.
Cuando el sol tropical sobre el inquieto
Ponto su rayo vibrador envía,
no alumbra el fondo de la mar secreto;
pero engendra el vapor que enturbia el día.

▽△

- XIII -

Con venenosa mentira

▽△

▽△

quisieron turbar la calma
con que tu pecho respira;
pero el rayo de su ira
murió en la paz de tu alma.

Si arrojáis, acaso, alguna
piedra en el estanque lleno,
baja hasta hundirse en el cieno,
y el cristal de la laguna
torna a cerrarse sereno.



- XIV -

Del lodazal de la tierra
el sol, con cálidos rayos,
sabe engendrar los vapores
que llevan por los espacios
la grande voz de los truenos
y el brillo de los relámpagos.

Los tenues vapores grises
que enturbian los cielos claros,
al soplo del cierzo frío
en blanda lluvia trocados,
bajan de nuevo a la tierra
para convertirse en fango.

Alma mía, cuando el fuego
te abrasa, del entusiasmo,
libre hasta, los cielos subes;
pero, cuando el desengaño
te hiere frío, descendes
triste a la cárcel de barro.



Odas



Jesucristo

¡Paz en la tierra! El águila romana
tras largos vuelos retornó a su nido



la rica presa a devorar ufana
de todo un mundo a su poder vencido.
¡Paz en los anchos mares!
Ya el marinero, cual debida ofrenda,
cuelga la húmeda vela al negro muro
del templo de sus dioses tutelares.
Ciñe la frente Octavio
de verde oliva, símbolo de paces,
y a una señal de su potente mano
dóblanse al suelo las sangrientas haces,
las puertas cierra de su templo Jano.
Del César con la púrpura ceñida,
diadema de cien reyes por corona,
al arrullo del Tíber adormida
Roma descansa, la imperial matrona.
Grecia sus dioses le donó, el Oriente
la púrpura y el oro,
Cartago el mar, la Iberia su valiente
pueblo sin paz, temor de las naciones,
Italia noches de placer serenas,
y sus manchados tigres y leones
Libia mandó del circo a las arenas.
¿Qué tiene en tanto la ciudad señora
que en el lecho de flores duerme inquieta?
¿Por qué, su origen recordando, llora
en dulces versos su inmortal poeta?
¿Por qué siente ese frío
dentro del corazón, y el pueblo todo
se estremece en el circo en miedos vagos?
¿Le trajo el viento del clarín del Godo
el son que anuncia mortandad y estragos?
Es que trocó su fe por loco orgullo;
es que manchó su túnica de lodo,
y el ¡ay! del moribundo fue su arrullo:
por eso siente el corazón beodo
débil latir y su energía brava,
que en el vacío del placer se abisma:
reina del mundo y de su orgullo esclava
negó el Olimpo y se adoró a si misma.
¿Dónde la Fe? Perdida la esperanza
que con místico lazo al cielo unía,

huérfano el hombre queda;
y el mundo a la ventura,
ya de la duda entre la niebla fría,
ya de la nada entre la noche oscura,
lejos del sol de las verdades rueda.

La Fe está allá: colinas aromosas
cubiertas de racimos,
rientes valles, noches misteriosas,
dulces frutos opimos;
sombra de las palmeras,
céfiros de las tardes calurosas
que dais suspiros vagos,
torrente aprisionado en las laderas
que te derramas en tranquilos lagos,
monte que guardas a tu pie la aldea,
ahí en vosotros, misterioso, es donde
el germen sacro de la Fe se esconde
que al mundo absorto mostrará Judea.

Vírgenes de Sión, que en la llanura
ceñidas de guirnaldas,
dais a los soplos de la tarde pura
el canto alegre y las flotantes faldas,
¿Por qué la voz que suena en la floresta
se cambia en un suspiro?
¿Por qué bajo las galas de la fiesta
la palidez de los insomnios miro?
¿Por qué en el templo por la noche vela
el sacerdote sobre el libro santo
y descifrarle anhela,
y estremecido, a par de su salterio,
modula en dulce, incomprensible canto,
palabras de esperanza y de misterio?
Es que se cumplen los sagrados días:
alza, hombres, las frentes;
digan sus alegrías
los montes, las llanuras, las ciudades,
que llega el esperado de las gentes,
que llega el prometido en las edades.

En su inclinada frente pensadora
la luz de Moisés brilla:
es Jeremías cuando triste llora,

es Isaac en la piedad sencilla.
De Job la mansedumbre
y de Josué el valor en sí atesora;
le sigue en pos la inmensa muchedumbre
de un pueblo que le adora.
De las montañas sobre el ardua cumbre
brotó esa voz de su inspirado labio,
que es en la noche de los tiempos lumbre,
miedo del fuerte y confusión del sabio.
Decid, ¿cuál es su misterioso nombre?
Nadie lo sabe, y claro se adivina
al ángel tras el hombre,
y en la cárcel de barro alma divina.
¡Mejor que el hombre le conoce el mundo!
ved cuál se extiende alfombra de sus plantas
el ancho mar profundo.
Mensajeros de Dios, los mansos vientos
van a decirle sus palabras santas
con flébiles acentos.
De invisibles cantores la armonía
le saluda a su paso,
y es la aureola de su frente el día
muriendo en el ocaso.
La creación ante sus pies rendida
no opone a su poder, poder más fuerte:
Él solo ha sido origen de su vida,
sólo Él será la causa de su muerte.
¿Queréis saber quién es? En lo futuro
clavad vuestra mirada.
¿Qué apercibís en ese fondo oscuro
do va a brotar un mundo de la nada?
Errantes por los ásperos senderos
hombres extraños miro,
y en la ciudad, del campo en los linderos
dan al viento un suspiro.
Muchedumbres inquietas
en torno suyo su palabra escuchan.
Oigo su voz, que es voz de los profetas,
y combaten y luchan.
Y el siervo ha rechazado el torpe yugo,
y el hombre igual al hombre se levanta,

y se convierte en víctima el verdugo
que más la vida que la muerte espanta.
Nada vale el furor de las legiones,
nada la hoguera que encendida humea,
nada el poder del solio,
nada del circo hambrientos los leones,
a detener la marcha de la idea
que sube al Capitolio.

[...]

Y hubo noche de sombra y de misterio;
se oyó estertor de un mundo que moría,
desolación y asombros;
y del romano imperio
viéronse sólo en el siguiente día
los sangrientos escombros.

[...]

Y luego voces de contento suenan,
y ante la cruz rendidos,
los siglos con los siglos se encadenan
lejos, allá en la eternidad perdidos.
¿Le conocisteis ya? Sobre la tierra
fija la firme planta;
con abrazo de amor al orbe cierra;
su frente hasta los astros se levanta.
Viene a llenar el insondable abismo
del corazón del hombre.

Sólo igual a sí mismo
no tiene patria ni conoce nombre.
Es la santa creencia,
es la oración del religioso labio;
en Él concluye el libro de la ciencia.
Él es el solo sabio.

La creación sus galas le prepara.
Nadie a su ley contrario
con torpe duda su piedad ofenda:
en su Templo de Paz la tierra es ara,
el corazón del hombre rica ofrenda,
el cielo el santuario.

[...]

¿Qué hizo el mortal? El día se oscurece,
del Gólgota en la cumbre solitaria so

de Dios el hijo con baldón perece:
no alcéis por Él la mística plegaría;
tras breve muerte romperá el sudario.

[...]

¡Ay del que brinda amor a los humanos!
El hombre, en cambio de su bien, ofrece
una Cruz y un Calvario.



Al eclipse de 1860

¡Volad, volad por la extensión vacía,
astros de plata y oro,
cruzando el curso y enlazando el vuelo,
como en la arena de la Grecia un día
sobre el carro sonoro
ágil cretense en rápida porfía,
con rueda igual y devorando el suelo,
a par del jonio pertinaz corría!
¡Volad, volad con insaciable anhelo,
Sol que iluminas con triunfal decoro,
Luna que imperas en la niebla fría,
por la carrera olímpica del cielo!
¡Astros, volad, como dispersa hueste
de luminosos ángeles vencidos,
que blanca sueltan la ondulante veste!
¡Id, id, como impelidos
por el dedo de Dios, buscando en vano
linde a la inmensidad; y ora encendidos
sobre la triste noche
de luz verted las argentadas olas,
ora apagados, pálidos, sin rastro,
los desiertos sin fin cruzando a solas,
id por la sombra lúgubre perdidos!
Bien en tomo de un sol, inmóvil astro,
cual mariposas a la luz, ¡oh! mundos,
rodad de niebla o de claror teñidos;
bien, agitando vuestras ígneas colas,
cometas, id, cual rápidos bridones
de destrenzadas crines,



donde el Querub cabalga, a las naciones
despertando al vibrar de cien clarines
Todos, brillando en las azules cumbres
o en las etéreas sendas,
del campamento sed las rojas lumbres,
do armado siempre Dios, vela en las tiendas.

¡Ay, si una vez, entrecruzando el rumbo,
como en la ciega tempestad dos naves
que arroja el loco mar de tumbo a tumbo,
chocáis rompiendo el eje diamantino!
Iréis, náufragos astros,
cual buques sin timón y sin marino,
siempre al azar, abandonados, solos,
cortando el viento, como rotas quillas,
con los truncados polos,
por ese mar sin fondo y sin orillas,
al soplo eterno de los euros dando
rasgadas las marchitas aureolas,
cual rotas velas del bajel precito,
hasta que el casco arrastrarán jugando
del éter blando las volubles olas
en la playa a encallar del infinito.

Y será, sí, será: muda la tierra
trémula aguarda el anunciado instante
en que a la antigua guerra
tornen Luz y Tinieblas, como un día
en los senos del Caos inconstante.
Ved cómo el astro de la niebla fría
pálido avanza hacia el cenit. La noche
mueve a par suyo las nubladas alas
tachonadas de estrellas;
y van los Sueños en redor. Sus galas
ostenta el Sol, como encendido broche
del manto de su Dios, y las centellas
de enrojecida lumbre
lanza a la inmensidad, reinando solo
del horizonte en la desierta cumbre.
Silencio en torno y majestad: se inclina
Dios a escuchar la sin igual batalla;
el astro al astro lento se avecina,
y el hombre, polvo vil, pasmado calla,

átomo inútil de tan gran ruina.

¿Qué será?, ¿qué será? Cuando el Profeta
en la ancha plaza al pueblo le decía
siniestro el porvenir, la plebe inquieta,
prodigios viendo, estremecida ola.
Nublábanse los cielos,
y del destino al desgarrar los velos
el hombre audaz con temblorosa mano,
del sol sangriento en las marchitas lumbres
de un Dios lela el pavoroso arcano.

Hoy, cual las muchedumbres
antiguas, tiemblo yo. ¿Do estáis, en dónde
augur de Grecia o sacerdote hebreo?

¿Cuál es el que se esconde
hondo misterio en el que en vano leo
libro de sombra y luz? No la sibila
muerta, o el mudo oráculo responde;
que el idioma del cielo olvidó el mundo,
y por ciencia maldita
trocando el hombre la divina ciencia,
en el banquete de su orgullo inundo
ya no descifra, por su Dios escrita,
Daniel, de los humanos la sentencia.

Como ojo moribundo,
¿cuál palidece el astro de topacio
bajo el caído párpado de niebla!
Mézclanse Noche y Día, y el espacio
consorcio infame puebla
de luz opaca y luminosa sombra,
viéndose al par en confusión extraña
la Aurora en el Oriente suspendida,
que el mar naciendo baña;
y, detenido el paso,
coronando rojiza la montaña
la lumbre del Ocaso.

Sobre la tempestad de opacas tintas
que finge el cielo, el Iris
de oro, grana y azul suelta las cintas,
y el mar muge o se duerme, y trina el ave
o al nido torna, en tanto que la brisa
de primavera suave

lucha de invierno con el cierzo frío,
y el cáliz cierra o ábrelo indecisa
la flor sedienta a un alba sin rocío.
El corazón del hombre
opreso goza en la alegría triste
de una pasión sin nombre;
absorto al cambio universal asiste,
y ve nuevos el mar, la tierra, el viento,
nueva la luz que el firmamento viste,
nuevo el mundo en redor, trocado todo;
que Dios la esfera bosquejó un momento
con nuevas formas modelando el lodo;
no le plugo después, sopló... y no existe.
¡Oh! ¡Tinieblas, tinieblas! Ved; se asombra
muda la tierra en la profunda noche
con que se envuelve la extensión vacía.
Pasa Dios, y su sombra
es la que enturbia luminoso el día:
sí; juntos Luna y Sol, ruedas del coche
son en que vuela y al que uncir le plugo
bajo del mismo yugo,
blanco y negro corcel, la Luz y el Caos.
Mirad; el Sol ha muerto:
de su disco encendido y refulgente
por el cielo desierto
inútil rueda la apagada escoria,
y aún el vago esplendor lleva en la frente
dios destronado, de su antigua gloria.
La aciaga profecía
del fin cercano y mísero del mundo
cumplida viendo, el águila de Patmos
las alas bate entre la niebla fría
volando a un nuevo porvenir profundo.
Satán, que la audaz saña
de los vencidos ángeles renueva,
es quien con hueste nebulosa empaña
el claro azul que a conquistar la lleva;
y, última acaso, la primera lucha
del Bien y el Mal, por decidirse, estalla,
y atento el hombre al fin de la batalla
la sombra mira y el silencio escucha.

¿Quién triunfará? La desdeñosa niebla
mancha la tierra, y desde el mar de Atlante,
que alza y deprime sin mugir las olas,
hasta el desierto que de tiendas puebla
la caravana errante,
do se alzan las pirámides a solas,
tiendas también que abandonó en la arena
una aurora, al partir, pueblo gigante,
doquier la voz de los espantos suena,
doquier se elevan tímidos los ojos.
¿Quién triunfará?... -¿No veis? Rota ya, rota
la niebla, salta en torbellinos rojos,
fuente de luz que de los astros brota.
¡Es Dios, es Dios! ¡Hosana! ¡hosana! ¡hosana!
Con la primera luz bajó a la tierra
tal del Edén en la primer mañana,
y tal, vibrando enojos,
el día aciago que los tiempos cierra,
vendrá otra vez sobre la raza humana.
Luz, nueva luz, eléctrica volando
baña la inmensidad, los mundos baña:
así brillaba cuando,
recién salida de la antigua sombra,
por el mar, por la selva y la montaña,
del ancho campo por la verde alfombra,
por las sonantes ondas del gran río
pasé, pasó jugando,
vida, y colores y matices dando
desde las tenues gotas del rocío
hasta a los orbes de su eterno coro.
Caída de los cielos
duda la Sombra en movimiento blando,
y huye vencida en desgarrados velos
ante las flechas de oro
que de arco tenso arrojan los querubes
Aún entre informes nubes
lucha Satán, cuando el Arcángel vuela
con ímpetu sonoro,
ciñendo diamantina su armadura:
el sol de fuego embraza por rodela,
el haz de rayos como lanza vibra,

y en su antro hundiendo a la Tiniebla impura,
de nuevo al Cielo amenazando libra.

¡Triunfó el Señor! ¡Enaltecéd su nombre!

Pero, tras de su gloria
que desborda el espacio rutilante,
himnos de orgullo tributad al hombre.

Él anunció el instante:

lo dijo y fue. Su voz en las edades
que raudas vuelan señaló el momento;
su temblorosa mano

marcó el lugar del ancho firmamento;
su ojo tranquilo descifró el arcano.

Él los secretos de su Dios espía,
y sabe, alzando el rostro al horizonte,
qué mundos pueblan la extensión umbría,
y conoce sus sendas;

que desde el fausto día
en que el carro del sol lanzó a Faetonte,
empuñó audaz sus luminosas riendas.

No intenta ya, como en su origen quiso,
alzarse, igual a Dios, frágil arcilla:
hoy la fe redentora en su alma brilla,
hoy vuelve al Paraíso.

Como en los bosques del Edén, entabla
coloquios con el Cielo su alma inquieta;
y los secretos de la ciencia le habla
con la voz del poeta.

Rescatando ya Adán, todo lo sabe:

Dios le llevó consigo,
y el gran misterio de los mundos, grave,
amigo fiel, lo reveló a su amigo.

▽△

María

Con las sedas de Persia mal velados
el seno impuro y la marmórea espalda,
y al par mustios y ajados
el color de la tez y la guirnalda,
que en el festín ciñó, de húmeda yedra,

▽△

la matrona del Lacio,
las rosas ve con que el umbral de piedra
cubre de su palacio
cada noche el amor, de su honra insulto;
mézclase al coro de los himnos griegos,
que a Isis consagra el vergonzoso culto,
y murmurando sáficos de Horacio,
del circo acude a los sangrientos juegos
o ama del foro el popular tumulto.

La esposa del germano
desde el Danubio al Elba
su prole lleva en el sangriento carro
de las batallas, por la inmensa selva;
ella el muro de barro
alza, que el campo de su pueblo guarde;
ella entona las místicas endechas
cuando, al morir la tarde,
la hueste el bosque consagrado cruza;
ella el haz de las flechas
sobre las aras del Irminsul aguza
o en ponzoñosas yerbas lo envenena;
para aplacar del cielo los enojos,
ella coge la pálida verbena
que en tosco altar tributa,
y en la noche los míseros despojos
de la cruel victoria ella disputa
al voraz buitres o a la inmundada hiena.

Con los rebaños del botín vendida
y abandonada en el harén sombrío,
la hija del Asia vierte en el vacío
las lentas horas de su inútil vida.
Nació sin patria en las movibles tiendas,
creció sin padres, sucumbió sin duelo;
la religión desdeña sus ofrendas
y el casto amor nególe su consuelo.
Así al azar del viento su semilla
dando la flor del loto,
abre del Ganges en la verde orilla
las trémulas corolas,
hasta que el tallo roto
llevan al mar remoto

del turbio río las dormidas olas.

Tal la mujer, cuando la luz augusta
del cristianismo en el Oriente asoma:
fiera en los bosques de Germania adusta,
esclava en Asia y meretriz en Roma.

No así la que sesteaba
sus rebaños de cabras en las grutas
de las pardas montañas de Judea;
la que adorna su sien con las guirnaldas
de las campestres flores, y las frutas
maduras lleva en las cogidas faldas;
la que en el pozo bíblico, a la sombra
de las verdes palmeras,
llena el ánfora frágil, y al que nombra
tierna en el corazón buscan sus ojos;
la que gula el tropel de espigaderas
por los largos rastrojos;
la que lava los pies del peregrino,
y al huésped de una noche
da la miel blanca y el dorado vino;
la que esparce en el templo los aromas,
y sobre el ara santa
deja en ofrenda trémulas palomas,
o el himno dulce de Isaías canta;
la que al pie de las lomas,
bajo de los granados,
baila al compás del címbalo sonoro,
y con ajorcas de oro
alza a la sien los brazos encorvados;
la que teje las redes
del pescador del mar de Galilea;
la que en la pobre aldea
hila el vellón del cándido cordero;
la que trepa a las cumbres
de Bairad por el áspero sendero
y ve, del sol a las murientes lumbres,
cómo cierran su patria bendecida
sin rumor y sin olas el mar Muerto,
del Líbano feraz la frente erguida
y el arenal confuso del desierto.

Tal fue la prometida

en los antiguos cánticos. Con ella
soñó en el cautiverio
del pueblo fiel la cándida doncella,
y en las sagradas noches de misterio
creyó el Profeta adivinar su nombre
en las lánguidas notas del salterio.
Tal fue la hija del hombre,
hoy desposada de Jehová. Tal era
la que en los días de la edad primera
el cielo escoger quiso,
porque al nieto de Adán de nuevo abriera
las puertas del perdido Paraíso.
Tal fue la última rama
del tronco de Judá. Su débil mano,
de los siglos de hierro y de venganza
el cielo infame para siempre cierra,
y acaba en el arcano
de renovada y mística alianza
el divorcio del cielo y de la tierra.
Rosa del campo y lirio de los valles;
humo de incienso y mirra;
fuente que brota en las umbrosas calles
de los manzanos verdes;
bella, cual de Cedar las blancas tiendas;
corza, cuando en las sendas
del monte Hermión o de Samir te pierdes:
tu pecho es cual racimo
de los viñedos de Engadí; tu cuello,
como la ebúrnea torre,
do clava el sol el último destello;
tu boca es fruto opimo,
tu voz es miel que corre
de panal comprimido, y tu cabello
de las palmas de Elath tierno retoño.
Son rojas tus mejillas,
cual las dulces granadas del otoño;
son tus ojos cintillos de esmeraldas;
tu frente virginal cisne en el baño,
y son tus blancos hombros cual rebaño
que del monte Galaad paca en las faldas.
Tal, simbólica imita,

en los huertos de nardo y de azahares,
a María, la hermosa Sulamita,
la esposa del Cantar de los Cantares.

Vedla sobre las cumbres
de Oriente alzarse espléndida y serena,
ceñida de albas lumbres,
en sus manos la mística azucena,
coronada la frente de astros de oro,
la luna al pie, y el coro
de los almos querubes
con las abiertas alas
llevándola en el trono de las nubes.

Tal avanza. A su paso
huyen del bosque las errantes ninfas,
muere en el mar la voz de las sirenas,
desparece en las linfas
del claro arroyo la voluble ondina,
Juno depone el cetro,
la musa olvida el cadencioso metro
de los festines lúbricos, su danza
torpe suspende la bacante impura
junto al altar de Venus Cíterea,
y otra aurora de amor y de esperanza
logra encender, tras de la noche oscura
del mundo, al fin, la Virgen de Judea.

¡Aurora del amor! ¡La humana historia
no registró en sus páginas severas
suceso igual, de tan inmensa gloria!
Hoy huellan nuestras plantas
polvo de veinte siglos, que han rendido
culto ferviente a sus virtudes santas,
Que ella endulzó del mártir la agonía.
a ella invocaba el demacrado asceta
en la gruta sombría;
a ella la virgen púdica decía
los secretos recónditos del alma;
a ella en la mar inquieta
pidió el marino la propicia calma;
a ella acudió la madre dolorida;
ella inspiró los versos del poeta;
ella sobre las cumbres

abrió al cansado caminante asilo;
ella aplacó las locas muchedumbres;
ella reinó sobre el hogar tranquilo.
Su imagen fue de las sagradas guerras
señera no vencida,
guarda de nuestras tierras,
gloria a las glorias de la patria unida.
Del castillo feudal a la cabaña,
del palacio al tugurio,
del numeroso pueblo a la montaña
fue su bendito nombre
símbolo fausto y bienhechor augurio,
fe y esperanza y caridad del hombre.
Por eso en sus altares
depuso el héroe triunfador su acero,
el poeta el laurel de sus cantares,
la madre su dolor, la virgen flores,
el pastor la escogida entre sus greyes,
el piloto el timón que abrió los mares,
la infancia sus amores
y la ambición los cetros de los reyes.
[...]

Cuando en la puerta gótica del templo
las estatuas severas y tranquilas
de los antiguos mártires contemplo
abrirse en dobles filas;
por las arcadas de la ojiva alzarse
la legión de los ángeles, y dentro,
sobre el dintel oscuro,
a la madre de un Dios, triste, en el centro
Yo, pecador impuro,
que salen a mi encuentro
las perdidas virtudes me figuro;
y humilde entre las gentes
por la ancha nave de la iglesia entro;
la mofa impía arrostro
de la mentida ciencia; donde brilla
tu imagen dulce, ¡oh virgen sin mancilla!,
reverente me postro
con tierno afán, con filial cariño,
y repitiendo mi oración de niño

siento inundarse en lágrimas mi rostro.

▽△

A la patria

Con motivo de la guerra civil

Fingid que el deshonor turbia y desdora
la venerada frente
de la que el ser os dio; que al torpe insulto
alzar no osáis la mano vengadora,
flaca y cobarde ante el oprobio oculto;
y cuando estéril os devore la ira
y la vergüenza el alma os taladre,
sabréis qué musa mí canción inspira
a España, que es mi mancillada madre.

▽△

¡Musa es también la indignación!... ¡Oh gloria!
Cuando en cercanos juveniles días
yo, de la patria historia
las páginas brillantes o sombrías
trémulo recorrí, de España el genio,
atónito, a mis ojos
se alzó y aún guardo su febril memoria.
Él, numen sacro de la Patria, él era
quien enfrenaba el paso
del río en la pradera,
lamentando el cantar de Garcilaso,
o en la guerrera trompa
vibraba el himno triunfador de Herrera;
él, quien el áureo brillo
y de los cielos la innarrable pompa
trasladó sobre el lienzo de Murillo,
y dando a Cano su fecundo soplo,
como del barro Dios, del mármol rudo
héroes formaban al golpe del escoplo.
Por su pálida frente la indecisa
sombra de los gigantes
sueños de Calderón cruzaba adusta,
y vagaba en sus labios la sonrisa
inmortal de Cervantes.

Para surcar la augusta
soledad de los mares no sabidos,
Colón guiaba sus audaces quillas;
para domar vencidos
en pavorosas lides
los pueblos todos, con horrendo estrago,
broquel y espada diéronle los Cides
y su corcel Santiago.

Y en cuanto el mar abarca,
y en Cuanto el sol corona,
las razas le aclamaron por monarca
del mar de hielo a la abrasada zona.
Que él sojuzgó la América en Otumba,
hundió al Asia en Lepanto,
abrió en Las Navas de África la tumba,
y fue en Pavía de la Europa espanto.
Escritas fueron en su altivo idioma
de dos mundos las leyes.
Él dio a los pueblos reyes
y Césares a Roma.

Para guardar sus valles
fió a Guzmán las puertas de Tarifa,
y dio al vasco el peñón de Roncesvalles.
Y antorchas de su gloria,
sobre el pasado oscuro
de veinte siglos, colocó a distancia,
para alumbrar su historia,
de Zaragoza el incendiado muro
y las eternas llamas de Numancia.

Dios coronó de mieses sus llanuras,
de bosques sus montañas;
dio a sus valles rumores y espesuras;
guardó de los metales el tesoro
del monte en las graníticas entrañas,
y sobre lechos de oro
adormeció las ondas de sus ríos.

Dios ciñó con guirnaldas
de entrelazadas vides sus colinas,
derramando en las faldas
la plata de las fuentes cristalinas.

Tachonó de topacios

la sombra de sus noches estrelladas,
llenando los espacios
de eterno azul con brisas perfumadas;
y ceñida de luz y resplandores,
coronada de rosas y azahares,
cual la diosa gentil de los amores,
surgió España del beso de dos mares.

¡Hoy!... La vergüenza muda
puesto en los labios el discreto dedo,
silencio exige a mi palabra ruda.
¡Hoy! Cuando el llanto nubla mis pupilas,
yo, con afán incierto,
me pregunto, en mis horas intranquilas,
si en tu recinto, España,
la fe, el honor y la virtud han muerto.

No es tu raza esa impura
turba que arrastra por sangrientas charcas,
Patria infeliz, tu regla vestidura,
ciñendo, en vez de tu severa toga,
el manchado disfraz de la locura.

No se engendró en tu seno
quien, si en el mar, do boga,
de la codicia y la ambición, se anega,
a las turbadas olas
la honra, cual carga peligrosa, entrega.

No nació de matronas españolas
esa prole pigmea
que en torno a la tribuna del sofista
ebria le aplaude o gárrula vocea.
Ni se forjó tu espada de conquista
para las flacas manos
que hoy blanden el puñal, que rojo humea,
tinto en la sangre ¡oh Dios! de los hermanos.

Repudia, oh Patria, la villana escoria
que el claro brillo de tu estirpe amengua,
que ella rompió tu pacto con la gloria;
no sabe de tu honor, ni habla tu lengua.

Pastor que guías las nevadas greyes
de la ardua sierra a los tendidos llanos;
tosco labriego que con tardos bueyes
rompes los anchos campos castellanos;

tú, que pueblas con vides las laderas;
tú, a quien sus frutos de oro
dan el naranjo umbroso y las palmeras;
tú, que audaz buscas en remotas zonas
el ganado tesoro,
fiando al mar las combatidas lonas;
virgen que con el lloro
riegas hoy tus marchitas alegrías;
viejo soldado que en la pobre aldea
cuentas al nieto, en el hogar oscuro,
las victorias sin mancha de otros días;
madre infeliz, que sobre el pardo muro
de la iglesia desierta,
doliente apoyas las mejillas frías:
todos cercadme, y cual sagrado coro
clamad: -«¡Oh Patria, a quien lloramos muerta!
Patria, caída en afrentosas luchas;
Patria, si nos escuchas,
álzate erguida en pie: ¡Patria, despierta!»



A la patria

Con motivo de la terminación de la guerra civil

No siempre, ajena a tu pasión ilusa
pero no a tu dolor, oh Patria mía,
verás muda, y sombría,
y esquiva y fiera a mi ignorada musa.
No siempre en noble ira
su balbuciente labio
responderá a la voz de la mentira
con el silencio o con el duro agravio.
Hoy, depuesto su enojo, a la confusa
turba gozosa uniéndose, su canto
mezcla del pueblo al jubiloso grito,
y aún en su rostro pálido y marchito
brillan las risas a través del llanto.
¡No, no es el himno triunfador! No temas,
Patria, que en las supremas



horas de tu aflicción, cuando el tributo
de las lágrimas tristes
baña tu faz, y cuando el negro luto
por tantos hijos que murieron vistes,
no temas que implacable
ella con dulce estrofa,
como en villana mofa,
de honor, de gloria y de laureles te hable.
Cuando en un pueblo estalla
la lucha fratricida,
no va sobre sus campos de batalla
la audaz Victoria del Honor seguida:
va el Pecado no más, va la proterva
desolación, y un eco sobrehumano
clama en los aires con palabra acerba:
«Caín, Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?»

¿Quién, pues, que noble sea
de triunfos hablará? La ardua pelea
fue un amargo deber, y hoy que cumplido
fue por ti, oh Patria, del combate infame
los trances dad al perdurable olvido.
¡Que ningún pecho inflame
ominoso el rencor! Los vencedores
pendones enlutad, y esos aceros,
de un crimen vengadores,
inclinando hacia tierra, los primeros
sed que lloréis sobre la tumba fría
de los que unió la muerte
en sacra paz tras de contienda impía.
Que oculte avergonzado el varón fuerte
sus heridas sin gloria,
y que, de Dios malditas,
rasgar podamos de la patria historia
las hojas, ¡ay!, con nuestro oprobio escritas.

Que hartos para memoria
de nuestra infausta suerte
durarán las ruinas
todo un siglo quizá. Los rotos muros
de la ciudad entrada; los oscuros
restos del templo profanado; el yermo
campo talado; al pie de las colinas

los solitarios pueblos; sobre el monte
la soberbia trinchera;
al fin del horizonte
del bosque antiguo la gigante hoguera;
el puente roto sobre el ancho río,
y en el hogar sombrío
la orfandad, la miseria, el duelo, el llanto,
y acaso horrible el deshonor, bastante
causa han de ser para que a cada instante
trémulo surja el renovado espanto.
¡Ah!... ¡Felices si el santo
temor de igual desolación nos veda
de la discordia el castigado crimen!
¡Felices si redimen
nuestros dolores, de la Patria amada
la miserable suerte, y si en el tierno
corazón de sus hijos
todas las madres de la Iberia imprimen
la ley cristiana del cariño eterno!
¡Amor y paz!... Que la dorada espiga
los surcos que el cañón abrió en la tierra
fértil encubra, y que la sombra amiga
del árbol torne a coronar la sierra.
Que, sin temor del daño,
baje a abrevarse al apacible río
el balador rebaño.
Que en la festiva danza
de la plaza del pueblo las doncellas
rían y hablen de amor y de esperanza.
Que cruce por la selva,
donde el silencio duerme,
cuando al hogar abandonado vuelva,
solo, el soldado de la Patria inerme.
Que al pie de la alta cruz de los caminos
reposeen los cansados peregrinos.
Que el recelo no trunque
del padre anciano el sosegado sueño.
Que retumbe el martillo sobre el yunque.
Que el hacha pula el derribado leño.
Que en nuestros valles caiga
la bienhechora lluvia,

como don de los cielos, y nos traiga
racimos negros y la espiga rubia,
para que el pan y el vino en nuestras manos
símbolo fiel de la obtenida calma,
nos partamos alegres los hermanos
como una santa comunión del alma.
¡Amor y paz!... Que el corazón exhausto
de ternura y de lágrimas, al templo
lleve el sufrido mal, como holocausto,
y allí gima y medite, y que el ejemplo
de tanto día infausto
le hable con grande voz. Las ansias vanas
de la ambición soberbia, el torpe arrullo
de la lisonja vil, las inhumanas
cábalas del orgullo,
de la mentida ciencia
la audaz palabra, el usurpado rango,
la quebrantada ley de la conciencia,
del goce impuro el cenagoso fango,
la inicua complacencia
con el delito y la honradez cobarde
que en el hogar sin combatir se encierra,
los monstruos son de la oprobiosa guerra
que inextinguible en nuestros pueblos arde.
Patria, siempre vencida
en esa lucha infame, álzate erguida,
y en la honra, en Dios y en tu preclara historia
puestos los ojos fijos,
busca el laurel de tu mejor victoria
dentro del alma de tus propios hijos.

▽△

A la libertad

¡Triste ley de la Tierra! Eternamente
todo el humano fruto
nacerá con dolor: nacerá todo
pagando al mal su mísero tributo;
y la semilla entre el infecto lodo
tenderá sus raíces,

▽△

tal como la razón sus claras lumbres
tenderá entre las sombras infelices
que ciegan a las ebrias muchedumbres.
¡Tú también, Libertad? De tu alto rango
la agrega vestidura
rota en jirones, por la charca impura
llevar, de sangre y fango,
yo te miré, y aún dura
en mí el trémulo horror. La hija del cielo,
trocada en vil ramera,
pasó rasgando el pudoroso velo,
dando al viento la suelta cabellera,
y en insensata furia
mostrando a los hermanos
en sus labios la injuria
y el cruel puñal en las sangrientas manos.
Yo me aparté y lloré como quien llora
la inesperada muerte
de lo que más amó. Cuando en la aurora
de mi edad juvenil mi ánimo fuerte
soñaba en la esperanza, el noble grito
que brotó de mis labios
fue tu nombre bendito,
oh amada Libertad, y en tus agravios
o en tu próspera suerte
cifré mi dicha o mi dolor. Yo ansiaba
de toda patria esclava
romper el torpe yugo,
verter mi sangre y que a mi dulce metro
depusieran los pueblos su ira brava,
su hacha cruenta el pálido verdugo
y el ruín tirano el usurpado cetro.
Pero al cielo le plugo
trocar mi sueño en la verdad siniestra
de los humanos crímines, y ahora
siento flaca mi diestra
para el acero o el clarín. Batalle
quien arda, oh gloria, en tu vibrante rayo,
y quien sufra, cual yo, torpe desmayo,
que en duelos gima o que apartado calle.

Yo sé que en esa eterna
ley misteriosa, que los mundos gula
y que del hombre el porvenir gobierna,
por la ruta sombría
de un arcano insondable
marcha la humanidad. Sé que navega
sobre una mar inestable
la barca de la vida, y que está el puerto
siempre a distancia igual. Pero entre el tumbo
del oleaje incierto,
la Libertad es brújula, que el rumbo
marca a la nave por el mar desierto;
y cuando su voz manda
que un pueblo se alce y la jornada siga,
la tribu que durmió en larga fatiga
sus tiendas pliega, y se levanta, y anda.
¿Dónde va?... ¿Quién lo sabe?...
¡Va, de la opresión grave
de los imperios persas, al riente
suelo de Grecia, y con Platón medita,
o con la voz ardiente
de Demóstenes grita
su odio implacable y vengador! Va oculta
por tus selvas, Germania, o con el oro
y púrpura vestida,
clama de Roma en el inmenso foro,
y cae al pie de su tribuna herida.
Va detrás de Jesús a la montaña;
va en la santa compañía
del demacrado asceta;
va donde tú peligros,
ley del amor. Su fe no la conturba
ni en la plaza el rugido de la turba,
ni en el circo el rugido de los tigres.
Resignada y risueña,
va hacia el lejano porvenir que sueña,
y el miedo nunca inmuta
el ánimo sereno
con que, invencible y fuerte,
de Sócrates bebió la agria cicuta,
el puñal de Catón se hundió en el seno

y halló en la cruz del Gólgota la muerte.
¡Sagrada Libertad!... No eras tú aquella
vi] meretriz que entre la inculta plebe
pasó dejando ensangrentada huella.
Tú eres, sí, la que mueve
la legión de las almas soñadoras
tras de un ansiado bien, que en lontananza
con los reflejos doras
del nunca muerto sol de la esperanza.
Sin ti, es el arte la venal mentira
de la cobarde adulación, y el canto
de la acordada lira
fugaz murmullo o comprimido llanto.
Sin ti, la ciencia muda
su antorcha extingue entre la niebla densa
que al alma envuelve en insondable duda.
Sin ti, sagrada Libertad, la inmensa
labor, la pena ruda,
la santa empresa del trabajo humano,
es tan sólo el villano
triste deber de esclavitud sañuda.
Sin ti no hay patrio amor ni ansia de gloria;
es, sin ti, la irrisoria
justicia, cortesana del tirano;
el culto a Dios menguada hipocresía;
y en las páginas fieles de la Historia,
con inflexible dedo,
no escribe la Verdad solemne y fría,
sino, temblando calumnioso, el Miedo.
¡Cuándo será que impere
tu influjo bienhechor, Libertad santa,
de donde nace el sol a donde muere!
Que aún, bajo el yugo de oprobiosas leyes,
cubren la tierra las humanas razas,
como un tropel de embrutecidas greyes.
Y en las estepas de Asia, en las llanuras
que el sacro Ganges baña
con sus ondas impuras;
al pie de la montaña
del Atlas colosal; en las oscuras
selvas de África ignotas;

en las playas remotas
que el Polo envuelve con perpetuas brumas;
en las islas risueñas
que el Pacífico mar borda de espumas;
en las no holladas breñas
que alzan los Andes, próximas al cielo,
y hasta en tu propio suelo,
Europa, entre esos pueblos sin fortuna
que degrada y oprime,
vergüenza nuestra, la menguante Luna,
por todas partes gime
siglos y siglos, de la estirpe humana
la prole envilecida,
que hoy triunfadora y víctima mañana,
va en loca muchedumbre
escarnio a hacer de la nación caída,
u oprobio a ser de innoble servidumbre.
La ley de Dios se cumplirá, y su lumbre
desparcerá la niebla
del hondo valle a la empinada cumbre.
¿Veis todo cuanto puebla
la inmensidad del Universo? Todo,
desde el sol hasta el lodo,
fue a inquebrantable esclavitud sujeto,
menos el alma del mortal. Batalla
en vano el mar inquieto
para romper la valla
que lo enfrena impotente. Baja el río
siempre desde el umbrío
monte hacia el llano por el cauce eterno.
La semilla germina
siempre de un modo igual. Seca el invierno
los marchitados árboles, y el fruto
torna con el retoño
a pagar el tributo
que el hombre espera del fecundo otoño.
La fiera de la selva, el pez que anida
en los antros del mar, todos sin rastro
pasan cumpliendo su inmutable vida;
y hasta el enorme astroso
que rueda en los espacios sin medida,

y hasta la inmensa máquina del mundo,
todo, al moverse, ignora
el misterio profundo
de la ley creadora
que el curso eterno y renaciente adora.
Sólo en el alma humana
hizo el Señor que vibre,
destello de su lumbre soberana,
la inteligencia libre,
la libre voluntad; y el que fabrica
el yugo o lo soporta, ese, el misterio
sagrado infringe, y temerario abdica
del orbe todo el concedido imperio.



Familiares



A la memoria

De mi hermana Adela

Seis años ya que el alma de mi alma
en la triste postrera despedida
me dijo su adiós tierno.
¿Por qué, infiel corazón, lates en calma?
¿Por qué, cuando es eterna la partida,
no es el dolor eterno?



II

Y eterno es mi dolor, que aún el agudo
dardo yo siento en la cerrada llaga
cuando una voz la nombra.
No está muerto mi duelo, aunque está mudo.
Secos al llanto, por mis ojos vaga
siempre una triste sombra.

III

Cuando el invierno pálido se aleja
y primavera con las frescas galas
orna el árido suelo,

cual mariposa que la cárcel deja,
su alma entreabrió las transparentes alas
para volar al cielo.

IV

De entonces que al tornar las tibias brisas,
cuando en Oriente el sol rojo fulgura,
mi corazón opreso
ve en las luces del alba sus sonrisas,
y el soplo del abril se me figura
su codiciado beso.

V

Y al pensar en su blonda cabellera
y en la luz de sus ojos de esmeralda,
me finjo en mi congoja
que es su imagen la verde primavera,
cuando de mustias rosas la guirnalda
tristemente deshoja.

VI

Que ella murió en la edad de la hermosura,
en la edad de los cándidos hechizos;
y cuando piense en ella
veré siempre su blanca vestidura,
su tersa frente y sus dorados rizos:
la veré siempre bella.

VII

Morando en los espacios de la gloria
tú aún vives con nosotros, pobre Adela;
tú para mí no has muerto.
Yo en mis duelos invoco tu memoria,
cual protector espíritu, que vela
sobre mi hogar desierto.

VIII

Y, al vencer los escollos de la vida,
yo comprendo ahora bien cuánto se encierra
inefable consuelo,
en el místico lazo, en que va unida
parte de una familia por la tierra
y parte por el cielo.

IX

Como en el bosque solitario el ave,

cual flor nacida en el cerrado huerto,
como en el mar la ola,
cuya breve existencia nadie sabe,
tú, en el hogar donde naciste has muerto
desconocida y sola.

X

Pero al orgullo vano de la ciencia,
y a las fútiles pompas de la gloria
o al opulento brillo,
prefiero yo tu cándida inocencia,
y esa vida sin mancha y sin historia
de un corazón sencillo.

XI

Fugaces horas de inocentes juegos,
fiestas alegres del hogar, veladas
de infantiles consejas,
de estudio grave o de devotos ruegos,
ésas son las memorias adoradas
que a tus hermanos dejas.

XII

Yo sé por qué, tras de suspiro blando,
mi madre enjuga con callado duelo
sus húmedas pupilas;
yo sé en qué piensan mis hermanas, cuando
clavan absortas en el albo cielo
sus miradas tranquilas.

XIII

La limosna, el perdón de los agravios,
la alegría, el dolor que purifica
el corazón del hombre,
la oración que pronuncian nuestros labios,
todo a ti nuestro amor te lo dedica,
todo se hace en tu nombre.

XIV

Así llenas tú aún nuestra morada;
así de nuestro amor te hizo señora
para siempre la muerte;
y cuando llegue la vejez cansada,
pienso que ha de endulzar mi última hora
la esperanza de verte.



A un árbol

El día en que yo vi la luz primera,
plantó mi padre en su risueño huerto
ese árbol que admiráis en primavera,
de tiernas hojas y de flor cubierto.



Yo entré en la sociedad, donde hoy batallo,
con la esperanza audaz de los mancebos,
cuando él ennoblecía el fuerte tallo
cada nueva estación con ramos nuevos.

Yo abandoné, buscando horas felices,
mi pobre hogar por la mansión extraña,
y él, inmutable, ahondaba sus raíces
junto al arroyo que sus plantas baña.

Hoy, rugosa la frente y seca el alma,
cuando hasta el eco de mi voz me asombra,
vengo a encontrar la apetecida calma
del tronco amigo a la propicia sombra.

Y evoco las memorias indecisas
de la edad juvenil, sueños perdidos,
mientras juegan sus ramas con las brisas
y al alegre rumor cantan los nidos.

Mi vida agosta ese dolor interno
con que los ojos y la frente enluto:
él abre en mayo su capullo tierno

y da en octubre el aromado fruto.



En Nochebuena

A mis ancianos padres

I

Un año más en el hogar paterno
celebramos la fiesta del Dios-niño,



símbolo augusto del amor eterno,
cuando cubre los montes el invierno
con su manto de armiño.

II

Como en el día de la fausta boda
o en el que el santo de los padres llega,
la turba alegre de los niños juega,
y en la ancha sala la familia toda
de noche se congrega.

III

La roja lumbre de los troncos brilla
del pequeño dormido en la mejilla,
que con tímido afán su madre besa,
y se refleja alegre en la vajilla
de la dispuesta mesa.

IV

A su sobrino, que lo escucha atento,
mi hermana dice el pavoroso cuento,
y mi otra hermana la canción modula,
que o bien surge vibrante, o bien ondula
prolongada en el viento.

V

Mi madre tiende las rugosas manos
al nieto que huye por la blanda alfombra.
Hablan de pie mi padre y mis hermanos,
mientras yo, recatándome en la sombra,
pienso en hondos arcanos.

VI

Pienso que de los días de ventura
las horas van apresurando el paso,
y que empaña el Oriente niebla oscura,
cuando aún el rayo trémulo fulgura
último del ocaso.

VII

¡Padres míos, mi amor! ¡Cómo envenena
las breves dichas el temor del daño!
Hoy presidís nuestra modesta cena;
pero en el porvenir... yo sé que un año
vendrá sin nochebuena.

VIII

Vendrá, y las que hoy son risas y alborozo,
serán muda aflicción y hondo sollozo.
No cantará mi hermana, y mi sobrina
no escuchará la historia peregrina
que le da miedo y gozo.

IX

No dará nuestro hogar rojos destellos
sobre el limpio cristal de la vajilla,
y, al alguien osa hablar, será de aquellos
que hoy honran nuestra fiesta tan sencilla
con sus blancos cabellos.

X

Blancos cabellos cuya amada hebra
es cual corona de laurel de plata,
mejor que esas coronas que celebra
la vil lisonja, la ignorancia acata,
y el infortunio quiebra.

XI

¡Padres míos, mi amor! Cuando contemplo
la sublime bondad de vuestro rostro,
mi alma a los trances de la vida templo,
y ante esa imagen para orar me postro,
cual me postro en el templo.

XII

Cada arruga que surca ese semblante
es del trabajo la profunda huella,
o fue un dolor de vuestro pecho amante.
La historia fiel de una época distante
puedo leer yo en ella.

XIII

La historia de los tiempos sin ventura
en que luchasteis con la adversa suerte,
y en que, tras negras horas de amargura,
mi madre se sintió más noble y pura
y mi padre más fuerte.

XIV

Cuando la noche toda en la cansada
labor tuvisteis vuestros ojos fijos,
y, al venceros el sueño a la alborada,
fuerzas os dio posar vuestra mirada

en los dormidos hijos.

XV

Las lágrimas correr una tras una
con noble orgullo por mi faz yo siento,
pensando que hayan sido, por fortuna,
esas honradas manos mi sustento
y esos brazos mi cuna.

XVI

¡Padres míos, mi amor! Mi alma quisiera
pagaros hoy la que en mi edad primera
sufristeis sin gemir, lenta agonía,
y que cada dolor de entonces fuera
germen de una alegría.

XVII

Entonces vuestro mal curaba el gozo
de ver al hijo convertirse en mozo,
mientras que al verme yo en vuestra presencia,
siento mi dicha ahogada en el sollozo
de una temida ausencia.

XVIII

Si el vigor juvenil volver de nuevo
pudiese a vuestra edad, ¿por qué estas penas?
Yo os daría mi sangre de mancebo,
tornando así con ella a vuestras venas
esta vida que os debo.

XIX

Que de tal modo la aflicción me embarga,
pensando en la posible despedida,
que imagino ha de ser tarea amarga
llevar la vida, como inútil carga,
después de vuestra vida.

XX

Ese plazo fatal, sordo, inflexible,
miro acercarse con profundo espanto,
Y en dudas grita el corazón sensible:
«Si aplacar al destino es imposible,
¿para qué amarnos tanto?»

XXI

Para estar juntos en la vida eterna
cuando acabe esta vida transitoria.

Si Dios, que el curso universal gobierna,
nos devuelve en el cielo esta unión tierna,
yo no aspiro a más gloria.

XXII

Pero en tanto, buen Dios, mi mejor palma
será que prolonguéis la dulce calma
que hoy nuestro hogar en su recinto encierra:
para marchar yo solo por, la tierra
no hay fuerzas en mi alma.



Carta a mis hermanas

Desde el antiguo hogar, donde corrieron,
para nunca volver, los dulces años
de nuestra infancia, donde eterno vive
vuestro recuerdo, hermanas, arrasados
en lágrimas mis ojos, os escribo
palabras, ¡ay! que escucharéis con llanto.
¡Todo subsiste como entonces!... Penden
aún de la alta pared los viejos cuadros
de los Santos Doctores, cuyas negras
pupilas, en mí fijas, con extraño
mirar parecen conocerme. El péndulo
del reló suena en el oscuro ángulo,
como una voz amiga que me cuenta
lo que pasó en mi ausencia. El ancho patio
cubren las yerbas, y la mansa fuente
llora en él con susurro solitario
nuestro infiel abandono. ¡En torno de ella,
cuántas veces, sus aguas agitando,
de la nave de corcho, entre las olas,
fingimos los horrores del naufragio!
¡Y cuantas veces las alegres risas
a su constante murmurar mezclamos!
Mudas están las salas, y está mudo
el largo corredor; y las que al paso
abro, cerradas puertas, con gemidos
plañideros responden que, entre el vago



silencio, suenan como a voces tristes
de las muertas memorias del pasado.
El comedor de las alegres fiestas,
sin luz, y sin vajilla, y sin el blanco
mantel, y sin los gritos clamorosos
de las felices horas. El retrato
del abuelo preside silencioso
a la desierta mesa que otros años
circundó su familia, hoy desparcida
como las hojas del otoño lánguido.
Aún del hogar las pálidas pavesas
son del tiempo que huyó el único rastro:
imagen fiel, con sus cenizas frías,
de aquel perdido bien porque lloramos.
Pasé esta noche en el antiguo lecho,
y, cuando el sueño bienhechor mis párpados
cerró tras largo insomnio, las visiones
de los lejanos tiempos me asaltaron:
os vi... niñas, os vi, como en los días
de la gozosa edad, cuando en mis brazos
os levanté para mirar los nidos
en la pared del huerto, o bien del árbol
para arrancar los codiciados frutos
antes de sazonarse. ¡Ah!, ¡cuán amargo
fue luego el despertar!... ¡Que con vosotras
ella estaba también, con sus dorados
rizos, y azules ojos, y su frente
pálida y blanca!... En mis convulsos labios
sonó el grito de ¡Adela! y aquel grito
rompió mi vano sueño. Acongojado
corrí del lecho hacia la estancia triste
donde en mis brazos expiró, y llorando
aguardé que, a la luz de la mañana,
la sombra huyese del recuerdo infausto.
[...]

¡Mis libros! Los queridos compañeros
de mi perdida juventud; los que algo
guardan entre sus páginas del puro
amor de mi niñez; los que engendraron
en mí el ansia de gloria, inútil gloria
no lograda jamás; los que el arcano

saben, tal vez, de mis febriles sueños;
los que regué con mi abundoso llanto;
los que, en largas vigiliias solitarias,
de Dios, del mundo y del dolor me hablaron...

Aquí están polvorosos y esparcidos
sin mi piadoso afecto. Humilde esclavo
hoy de afanes terrenos; bajo el yugo
doblada la cerviz, y uncido al carro
de los vencidos de la suerte, evoco
como protesta indómita, aquel rayo
de luz, que de los cielos desprendido
bañaba aquí mi frente, cuando al sacro
numen de la adorada poésía
di mi existencia entera en holocausto.

¡Todo subsiste como entonces!... Cubren
el cenador del huerto los naranjos
llenos de rojos frutos, y en sus copas
buscan refugio los alegres pájaros
cuando la tarde expira. La palmera
plantada por mi padre, con sus ramos
salva la cerca del jardín. Ha muerto
la verde pasionaria cuyos vástagos,
con sus azules flores, la ventana
de vuestro cuarto orlaban, y sin pámpanos
entrelazan las parras sus sarmientos
por los secos cañizos encorvados.

¡Todo subsiste como entonces!... Suenan
el esquilón del viejo campanario
de la contigua iglesia, y suenan lentos
del transeúnte los medidos pasos
por la desierta calle. Las vecinas
charlan en el portal. Cantan los gallos
su repetido alerta. El golpe rudo
del martillo en el yunque oigo lejano,
y sueño, al fin, que de mi tierna infancia
el curso han vuelto a renovar los hados.

Sólo vosotras me faltáis; y basta
vuestra ausencia no más, para que rápidos
ansíe que vengan los cercanos días
de mi regreso. Los antiguos lazos
de estas dulces memorias han podido

mi espíritu agobiar; pero en mi ánimo
puede más vuestro afecto. A donde el soplo
me lleve de la suerte, con las manos
apoyadas en mi hombro, iréis conmigo
por las ignotas sendas; y si al patrio
hogar volvemos, en los tristes días
de la vejez, bajo el dintel que ansiamos
de la paterna casa, encontraremos
al casto amor sobre el umbral sentado.



Oración

Al pie de un *Eccehomo* de mis antepasados

I

Sólo cuando el pesar mi alma quebranta,
los ojos vuelvo a tu divino rostro,
y la rodilla ante tu imagen santa
avergonzado postro.



II

¡Perdóname, Señor! -Ya de la vida
gusté soberbio el desabrido fruto,
y acudo a ti, con mi alma dolorida
llena de sombra y luto.

III

Vencido y roto en la funesta guerra
del goce impuro y del sediento anhelo,
huyendo las desdichas de la tierra
busco la paz del cielo.

IV

Tú me enseñas, Señor, cuando perdonas
y la cabeza ensangrentada inclinas,
que del mundo falaces las coronas
son coronas de espinas.

V

Tú me enseñas, Señor, cuando penetro
lo que tu imagen dolorosa entraña,
que de la tierra infame es todo cetro

frágil cetro de caña.

VI

Tú me enseñas, Señor, cuando tus leyes
sigo y desprecio la mundana gloria,
que hasta el manto de grana de los reyes
es púrpura irrisoria.

VII

Por eso vengo a ti, como venía
cuando mi madre me enseñó de niño
a pedirte aquel pan de cada día
que ofreció tu cariño.

VIII

Vengo sin la inocencia encantadora;
manchado traigo el corazón de lodo;
más tú igualas al ser que el mal ignora,
quien lo desprecia todo.

IX

Propicio acoge y la flaqueza auxilia
de quien busca tu amparo soberano.
Sobre mi pobre pecho y mi familia
tiende, Señor, tu mano.

X

A tus plantas vinieron mis abuelos
su cuita, oh Dios, para contarte amarga:
mis padres a tus plantas, de sus duelos
dejaron la vil carga.

XI

Yo, a quien pasa el dolor de parte a parte
hoy pongo en ti, Señor, los ojos fijos,
y a ti vendrán también para adorarte
los hijos de mis hijos.

XII

Tu imagen en mi hogar mística enlaza
la edad pasada con la edad presente.
Cinco generaciones de mi raza
te humillaron su frente.

XIII

Y tú, a quien nadie sin socorro implora,
su honda aflicción cambiaste en alegrías:
como sus culpas perdonaste, ahora

ten piedad de las mías.



Ausente

Ya promediado el curso de mi vida,
y cuando en lontananza
se hunde el pálido sol de la esperanza,
hacia la edad perdida
pláceme sólo que la mente vuelva,
cual vuelve el ave en el otoño al nido
que dejó, ingrata, en la africana selva.
Ella vuelve...yo no. Patria distante,
con la que siempre enternecido sueño,
como guarda el amante
la imagen fiel de su adorado dueño,
yo de tu imagen propia
guardo en el pecho la imborrable copia,
y a tí, como el exceso
él de su afán enamorado calma
sellándola con prolongado beso,
yo doy también los besos de mi alma.
Desde estas mustias y áridas colinas
mirando hacia el Oriente
fínjome ver tus costas blanquecinas,
tu alegre campo y cielo transparente.
De las volcadas urnas de tus ríos
huye el caudal sonoro
por los bosques umbríos
de naranjos en flor con frutos de oro;
de tus jardines sube
incesante el aroma de tus flores,
como de incienso la sagrada nube
del fuego del altar de los amores;
bajan de tus montañas,
conversando entre sí con rumor leve,
el arroyo perdido entre las cañas
y el viento que las mueve;
posan en tus riberas,
olvidadas del vuelo,



las raudas golondrinas pasajeras;
copian tus lagos el azul del cielo;
te dora el sol con lumbres de topacio,
y a cada flor que brota de tu suelo
se abre una estrella en tu anchuroso espacio.
Valle escondido en la montaña umbrosa;
llano cubierto con la mies dorada;
pradera deleitosa;
tarde apacible y soledad callada;
frondosos olivares;
palmas que el viento halagador cimbreo;
campanario lejano de la aldea;
vela perdida en los azules mares;
faldas del monte oscuras;
cimas, al rayo de la tarde rojas;
chozas de las llanuras,
cuyos umbrales el parral sombrea;
lluvia que baña las nacientes hojas;
brisa que las orea;
cipreses de la ermita;
altar lleno de luces y de aroma;
gradas de piedra de la cruz bendita;
torre del moro en la redonda loma;
remanso del molino;
ánades blancos de las verdes charcas;
playas del mar dormido y cristalino;
redes colgadas de las viejas barcas;
largo surco entreabierto
por la mojada tierra;
negros frutales del antiguo huerto,
y alta pared con yedras que lo cierra;
canción de amor en el materno idioma
por los senderos cuando el alba asoma;
claras noches de estrellas;
luna, del mar nacida;
crepúsculos rojizos, cuyas huellas
duran como una amante despedida;
tiernas memorias bellas
sois, con que engaño mi dolor presente,
forjándome con ellas
la imagen santa de mi patria ausente.

¡Cuántas veces a solas,
junto a mi hogar, las noches del invierno,
ciudad que arrullan las mugientes olas,
con el conjuro tierno
yo, del cariño filial te evoco,
y, alucinado o loco,
fíngeme la memoria
que por tus calles silenciosas entro,
y a todas partes donde voy encuentro
hojas dispersas de mi humilde historia!
Viejo portal de la temida escuela
de mi niñez, en cuyo fondo oscuro
aún mi alma al flaco preceptor recela,
plaza de nuestros juegos; tosco muro
del caserón, en donde
la fantasma del cuento me figuro
que aún de noche se esconde;
iglesia adonde, niño,
fui a extasiarme en las luces y en las flores,
mancebo, fui a las citas del cariño,
y hombre, a implorar consuelo en mis dolores;
aulas donde al concurso
explicaban las ciencias sus secretos,
mientras que yo las páginas del curso
llenaba de sonetos;
cuarto de mis lecturas;
casa natal deshabitada y vieja;
calle de las nocturnas aventuras,
cuando rondaba la entornada reja;
alamedas del río
donde vagué soñando a mi albedrío;
fuentes que al paso hablábanme contentas;
arcos ojivos del dintel del templo;
torres de nuestros padres, duro ejemplo
de las férreas edades turbulentas,
y ora mudos testigos
de cuanto fue y ha muerto;
hogar de mis amigos,
siempre a mi planta conocida abierto:
vosotros sois el venturoso nido,
donde el que siente un corazón que ama

vive exento del miedo y, del reproche;
mientras que el nuevo hogar en que hoy resido
es para mí como la estéril rama
donde el ave, al pasar, duerme una noche.

Yo pido sólo a Dios que el primer rayo
de luz que vi bajo el paterno techo
sea el que alumbre mi postrer desmayo;
que en torno de mi lecho
callada vele, al acabar mi vida,
la amistad de la infancia, con estrecho
lazo su mano por mi mano asida;
que entre rotos sollozos comprimidos
bañen mi faz con lágrimas y besos
mis hermanos queridos,
que son mi sangre y hueso de mis huesos;
que de mi vida el apagado germen
caiga en la fosa pobre y siempre abierta
donde de antiguo mis mayores duermen;
y que al pasar mi espíritu la puerta
de ese oscuro destino,
ante el que tiembla la esperanza incierta,
encuentre, señalándome el camino,
la dulce sombra de mi hermana muerta.



A la luz

De las blancas estrellas,
de los ardientes soles,
bajan al suelo, pálidas y bellas,
las luces con brillantes resplandores;
cruzan por el espacio
alumbrando con rápida carrera
los astros de topacio,
y de la tierra, la ignorada esfera;
llegan hasta mis ojos,
y en sus reflejos rojos
miro esconderse la naciente vida
que en todo germen brota
ante fuerza escondida



que nunca el tiempo con su curso agota.



Al tiempo que pasa

¡Huye el tiempo veloz! Rápido avanza
llevando en raudos vuelos
la ilusión, la hermosura y la esperanza,
el grato afán, y el incansable anhelo.
¡Huye el tiempo veloz! ¿Quién su carrera
podrá atajar? ¡Ni el ruego, ni el suspiro
del amor o el dolor! La primavera
llega, y en veloz giro
pasa ya, y los ardores del verano
huyen con el retoño
del árbol tierno, cuando anuncia cano
al triste invierno, el moribundo otoño.



Amatorias



Anacreónica

Cuando en un breve instante
del desdén al cariño
tú pasas inconstante,
sé por qué Amor es niño.

Cuando de infiel te acusa
mi entendimiento, y luego
mi corazón te excusa,
sé por qué Amor es ciego.

Cuando tras pasión nueva
de mí huyes veleidosa,
sé por qué el Amor lleva
alas de mariposa.

Y cuando mi esperanza



muere y en celos ardo,
sé por qué el Amor lanza
su ponzoñoso dardo.



Cartas a María

Primera

¡Siempre el sincero amor fue poesía!
¡Siempre el que ama es poeta!
Pero ¿quién, oh María,
entre conceptos pálidos sujeta
la inspiración fugaz? ¿Cómo traduce
nuestro idioma vulgar con frase propia
el rayo azul que en tus pupilas luce,
ni la sonrisa de tus labios copia?
Cuando este pliego abras
no lo descifres, pues, letra por letra;
tu espíritu en mi espíritu penetra
y sabe lo que callan mis palabras.
¡El amor adivina!
Como a través de vidrio transparente
leo yo la pasión que te domina
en la sombra o las luces de tu frente;
ora inefables goces,
y ora el dolor agudo,
siento yo en mí cuando tu labio mudo
me habla o me hiere con calladas voces.
¡Para amor no hay distancia!
desde el rústico albergue en que hoy me encuentro
dolido y triste, a tu risueña estancia
vuelvo invisible y silencioso entro.
Te hallo sentada y sola
junto a la blanca lámpara que alumbra
tu sien con vaga y mística aureola.
Aspiro los efluvios
que, como de sus pétalos las flores,
dan al ambiente tus cabellos rubios.
Veo que en la penumbra



clavas la vista y la labor suspendes,
y que el casto rubor de los amores
cual santa llama en la mejilla enciendes.

Y es que una voz interna
te dice: «Amada mía,
aquel que te juró pasión eterna
piensa en ti noche y día,
y cuando el alba asoma
tras de la parda loma,
y cuando el cielo puebla
la tarde triste con dudosa niebla,
su corazón opreso
te manda, envuelto en el agreste aroma
del viento del pinar, tímido beso.»
Esto escuchas, oh amada,
cuando clavas tus ojos en la alfombra
o álzalos azorada,
oír creyendo un eco que te nombra.
No temas... Es que, tras de ti inclinada,
te está hablando mi sombra.

¡Y es verdad que en ti pienso!
cuando desde las cumbres
descubro el cielo inmenso,
bañado todo de tranquilas lumbres,
lo comparo a la calma
y a la luz que en la mía irradia tu alma.
Y cuando hacia el abismo
bajo después los ojos,
siento que sombra igual reina en mí mismo
a un amago no más de tus enojos.
Cuando cruzo las faldas
con las azules y amarillas flores,
voy yo tejiendo para ti guirnaldas.
Cuando miro una choza en la ladera
digo: «¡Allí, con el sol de mis amores,
qué contento viviera!»
Cuando entro en la capilla
y ante el altar me postro,
fínjome que la Virgen sin mancilla
tiene algo de tu rostro.
Cuando susurra el viento,

cuando trinan las aves,
suenan como el acento
con que hablar dulce al corazón tú sabes,
Bulle la fuente con tu blanda risa;
da la rosa el perfume que tú exhalas;
y cuando por mi sien roza la brisa
siento que son las plumas de tus alas.

Ya la tribu de alondras pasajeras
hacia el Oriente marcha
y cubre estas praderas,
cuando amanece, la rizada escarcha.

Ya, perezoso el día,
tarda en dorar el empinado risco
y prefiere a la umbría
selva, el pastor, el resguardado aprisco.

Ya las nubes del cielo,
como vellones blancos,
bajan de noche con pausado vuelo
a los hondos barrancos.

Ya, engrosado el torrente,
desborda por el llano en ondas rojas;
ya el álamo sombrío de la fuente
perdió todas las hojas.

Ya baja de los montes del ocaso
el viejo invierno hacia el risueño valle,
y detrás del balcón piensas tú acaso
que oyes sonar mis pasos por tu calle.

No tardaré: no llores.

Yo para ti he cogido
del áspero romero azules flores,
las aves en el nido,
cristales en las grutas,
las mariposas en su vuelo incierto,
y de los viejos árboles del huerto
las sazonadas frutas.

He aprendido las lánguidas querellas
que cantan al bajar de la montaña
los grupos de doncellas,
y la conseja extraña
que, mientras silba ronco
el viento en la vetusta chimenea,

cuenta, al redor del encendido tronco,
el viejo de la aldea.
Cuando azote la lluvia
por la noche el cristal de tu ventana,
y dobles, cual se dobla flor temprana,
sobre el telar tu cabecita rubia,
yo te diré al oído,
para endulzar las horas del invierno,
las sencillas historias que he aprendido
o del poema de amor el canto eterno.



Cartas a María

Segunda

Anoche me decías,
enlazando tus manos con las mías:
-«¡Perdóname!, pero al leer tus trovas,
llenas de ansia sin fin y altos anhelos,
parece que algo de tu ser me robas
y, sin celos de amor, lloro de celos.»
Yo respondí: -«En confusa
duda el exceso del amor te abisma.
Siendo tú de mi canto única musa,
tus celos son los celos de ti misma.»
Tú, bajando la frente, me dijiste
con un acento resignado y triste:
-«Siempre el poeta ama
algo ajeno a esta vida transitoria.
Tú olvidarás la dicha por la fama;
¡la rival de mi amor llámase Gloria!»
«¡La Gloria! -exclamé entonces-;
gloria fuera, mi bien, dejar escrito
mi amor, más duradero que los bronce,
en versos más eternos que el granito.»
Tú callaste indecisa,
dudosa entre el placer y los enojos,
y al par brilló en tu labio una sonrisa



y una furtiva lágrima en tus ojos.

Luego me hablaste así:

-»¿Por qué un renombre
vano mezclar a nuestras dichas quieres?

¡Place la estéril vanidad al hombre!

¡Place el callado bien a las mujeres!

Amor es un secreto
dicho siempre al oído.

La noche busca el amador discreto
como la sombra de la selva el nido.

Amor es toda abnegación del alma,
todo desdén profundo
a cuanto turbe la celeste calma
con las luchas del mundo.

Amor es un destierro
a las islas desiertas,
y es voluntario encierro
del que el silencio fiel guarda las puertas.»

Yo murmuré:

-«¿Quién sabe
si es la esperanza audaz mentido sueño,
blanca y gallarda nave
que busca en ancho mar puerto remoto,
y al fin náufrago leño
sobre la playa abandonado y roto?

¡Ah! cuando tierna exhalas
las quejas de tu duelo,
mi ambición plega las abiertas alas
temerosa del vuelo.

Y pienso, cuando escucho tu querella,
en el símbolo aquél de los amores,
que pinta al pie de la gentil doncella
preso al león entre enlazadas flores.»

«Sí -añadiste-; tú luchas
cuando mi queja apasionada escuchas,
y dudas y vacilas,
de la sirena al tentador arrullo,
entre las horas del hogar tranquilas
y los falaces triunfos del orgullo.
Vuela, pues, al combate
que el mundo libra con funesta ira,

poniendo al arco de la guerra, oh vate,
las cuerdas de tu lira.
Tú a mi lado vendrás triste y enfermo,
con el doliente corazón herido,
como el asceta penitente al yermo
va con ansia de amor y ansia de olvido.»

«Yo volveré -te dije- con la palma
verde de la victoria,
para ceñir alrededor de tu alma
el nimbo de oro de la eterna gloria.
¿Por qué tú, de mis versos dulce musa,
no habrás de ser acaso,
Beatriz del Dante, o Laura de Valclusa
o Eleonor del Tasso?
Siempre al héroe acompañan
el genio inspirador de su alta hazaña.
Aquiles vence en la feroz contienda
bajo el escudo protector de Palas.
Como la diosa, tú, de la leyenda
harás que en mis combates me defienda
la égida santa de tus blancas alas.»

Callaste. Amanecía.
Entre mis manos trémulas tu mano
estaba quieta y fría.
Las aves del jardín alegre salva
al día hicieron con feliz concierto.
Tú estabas blanca y triste, como el alba
que iluminaba la pared del huerto.
Yo con miradas contemplaba inquietas
tus miradas tranquilas,
y vi en llanto bañadas tus pupilas,
cual bañaba el rocío las violetas.
Sentí en el pecho de mi loco agravio
el torcedor agudo:
quise hablarte, y mi labio
tornó a cerrarse mudo.
Han pasado las horas: mayor calma
ahora reina en mí mismo;
pero ¡aún sufre en sus vértigos el alma
la atracción del abismo!



Cartas a María

Tercera



¿Por qué el silencio acusador que guardas
tanto tiempo, mi bien? ¿Por qué el recelo
con sus iras bastardas
hacer que me devore, y negro el duelo
lograr que enturbie la esperanza mía?
¡Ah crüel!, ¿por qué tardas,
indiferente y fría,
en arrancarme del profundo abismo,
donde, en furor extraño,
culpo a los cielos de mi propio daño,
y, odiando a los demás, me odio a mí mismo?
¡Tú callas, callas siempre! Yo no puedo
culparte; pero ignoro
tu designio fatal, y tengo miedo
de adivinarlo, y me estremezco y lloro.
Lejos de ti, lanzado al torbellino
de la existencia humana,
átomo soy del polvo del camino
por donde va la eterna caravana;
átomo de oro, al en la luz me anego
que tu mirada esmalta;
átomo vil, si entre la sombra, ciego,
el tibio rayo de tu amor me falta.
Tú callas... ¡Cuál me abrumba
esa implacable indiferencia!... En vano
sobre la blanda pluma
en la callada noche pido al sueño
breve tregua a mi mal: tu airado ceño
mi insomnio excita, y trémulo y lloroso
me sorprende la aurora,
que, menos dura que mi esquivo dueño,
mi pena acaso compartiendo, llora.
Yo me culpo de todo. Es cierto, es cierto
que olvidando la santa

religión de tu amor, en el abierto
templo de falsos ídolos mi planta
fijé; es verdad que con mi labio impío
brindé en la orgía impura
por el ebrio placer; que en el sombrío
reino de la locura,
monarca de una noche, en mi temblante
cabeza puse la corona ardiente
del goce infame, y que de aquel instante
su huella guardo en la marchita frente.

Todo es verdad; pero en la densa noche
que dominó en mi espíritu, aún brillaba
la luz de tu recuerdo, y aún sonaba
dentro de mí el reproche
de tu sagrada indignación. Tú fuiste
la que, cual nueva Beatriz, me diste
con la memoria de tu afecto tierno,
fuerzas para cruzar todo el camino
por donde el viejo vate florentino
volvió a la luz desde el oscuro infierno.

Y hoy que arranqué del alma
la profunda semilla
de mi pasado error, y en triste calma
gozar soñé con tu pasión sencilla;
hoy, tu desdén me lanza
a un proceloso porvenir incierto,
y soy como el que, náufrago, a la orilla
boga, con la esperanza
de hallar reposo en el tranquilo puerto;
y, cuando el pie cansado en tierra hiera,
se encuentra en un desierto
escollo, en donde abandonado muere.

¡Yo imploro tu perdón! En otros días
con santas alegrías,
con transportes de dicha no olvidados,
tú, con los ojos tersos,
no preñados de lágrimas, leías
los cariñosos versos
que te envié, por el amor dictados.
Hoy los dicta el dolor. Menos clemente
no serás hoy para el poeta ausente,

cuyo lejano canto
aún, a pesar de tu desdén, recuerdas,
y que aún aspira, con su amargo llanto,
de tu alma dulce a conmover las cuerdas.

Un día ambos a solas
íbamos cabe las mugientes olas
del mar, que humilde a nuestros pies moría.

Yo te dije: -«Si fría,
si indiferente a mi amoroso ruego
algún tiempo has de ser, calma, sí, calma
en vez de alimentarlo, el vivo fuego
encendido en mi alma.»

Tú callaste indecisa, y luego...luego,
mirándome con los radiantes ojos,
que en vano aspira a traducir el arte,
me respondiste casi con enojos:
-«Yo, aunque me olvides tú, no he de olvidarte.»

Cúmplelo, pues, María,
al recordar el venturoso día;
y por tu fiel promesa
perdona a quien te implora,
y con el alma opresa
vuelve a tus plantas sollozando ahora.
¡Perdona!... El cielo quiso
que así, tal vez, por nuestro bien supiera
que es estar junto a ti mi paraíso,
y estar lejos de ti mi infierno fuera.
Sí: volverán las horas de ventura;
renacerán las risas;
la aurora con su lumbre y con sus brisas
despuntará tras de la noche oscura.
Yo tornaré a tus plantas
alegre, loco, decidor, poeta,
y en mí de nuevo brotarán las santas
palpitaciones de la mente inquieta.
Y extenderemos los tupidos velos
de un perdurable olvido,
tú, sobre las angustias de los celos;
yo, sobre tanto mal como he sufrido.



A...

Canción de primavera



Ríe, mi dulce bien: Dios en tu risa
puso el trino del ave,
los lánguidos murmullos de la brisa,
la nota triste y grave
del mar que muere en arenal desierto,
la música süave
de lejano concierto,
y el rumor de la gota transparente
que, en el cristal de la tranquila fuente,
derrama en lluvia el surtidor del huerto.

Mírame, dulce bien: Dios en tus ojos
puso el brillo del astro,
y su rayo de júbilo o de enojos
deja, pasando, inextinguible rastro.
De tus pupilas negras
brotó la luz con que la tierra alegras,
y cuando de tu alma
la ira, desdén o calma
se pinta en tu mirada seductora,
logras que el pecho conmovido sienta,
o el augusto pavor de la tormenta
o el grato afán de la naciente aurora.

Suelta, mi bien, por tu redondo cuello,
para velar avara sus hechizos,
de tu negro cabello
los abundosos rizos,
que el viento besa y mueve,
y que, en tu espalda blanca y desceñida,
son como pluma de águila caída
sobre el ampo sin mancha de la nieve.

Huye, mi dulce bien, por los senderos
de la arboleda oscura,
por donde, tus ligeros
pasos siguiendo yo, se me figura

que persigo en mi empeño,
como el pastor de Arcadia en la espesura,
la casta diosa del tranquilo sueño.

Huye, y tu planta breve,
marcada apenas sobre el polvo leve,
buscaré en mi porfía,
hasta lograr que de mi afán cuitada,
cedas, y, con estrecho
lazo, tu sien en mi hombro reclinada,
sienta el latir de tu cansado pecho.

Mira, la primavera
con su variada tinta
de verde la pradera,
y de rosa y de azul los aires pinta.
Ya de la nieve de las cumbres fluye
el sonoro torrente;
ya por las guijas murmurando huye
la bullidora fuente;
ya estallan flores y hojas
de cada rama en los hinchados broches;
ya canta el ruiseñor largas congojas
en el silencio de las tibias noches;
ya la brisa que enerva,
pasa, engendrando en lánguidos arrullos,
pintadas mariposas en la yerba,
rosas en los capullos;
ya con tiernos balidos
llama el cordero a la paciente oveja;
ya vienen a buscar junto a tu reja
las golondrinas sus antiguos nidos;
ya, en el cenit suspenso
el sol, la lluvia de oro
de luz derrama en el espacio inmenso.
Y en el templo sagrado de la vida
las aves forman el alegre coro;
las flores dan el perfumado incienso,
y al dulce amor la juventud convida.

Amor, en himno eterno,
canta la creación cuando desgarrar
la vil mortaja del caduco invierno;
la mar sobre la barra

tiende apacible las dormidas olas;
con sus lascivos vástagos la parra
ciñe al nudoso tronco y le da abrigo;
las rojas amapolas
ríen ocultas entre el verde trigo,
y van juntas y a solas
de dos en dos, con tímidos recelos,
las mariposas blancas y ligeras,
las aves por los cielos
y por los bosques las salvajes fieras,
Amor, en himno eterno,
canta también tu corazón, bien mío.
Goza, pues, del amor, antes que el frío
sientas llegar del aterido invierno.
Como la savia por la verde rama
fluye ardiente la sangre por tus venas;
la languidez del que ama
es la del mar que duerme en las arenas;
como la vid, tus brazos
ansían doblarse en protectores lazos;
cual la amapola entre los trigos verdes
ríen tus labios rojos;
vaga, como el crepúsculo, en tus ojos
brilla la luz que en los espacios pierdes;
tu pensamiento, mariposa incierta,
vuela en torno al ardor que la consume,
y de tu ser, como de rosa abierta,
se escapa un dulce embriagador perfume.
Huye, mi bien, por las calladas selvas,
y cuando yo te siga
y tú azorada la cabeza vuelvas,
ríe y te esconde entre la sombra amiga.
¿Lloras?... ¿y por qué lloras?
¿Temes que el bien presente,
como las frescas rosas de tu frente,
cambie, tal vez, con las mudables horas?
No temas, no, y serena
tu rostro, remplazando en tus mejillas
por el carmín la pálida azucena.
La primavera de la tierra, el frío
cierzo de otoño la arrebató y trunca:

la primavera de tu amor, bien mío,
no se marchita nunca.



Ella y tú

TÚ



Eras alegre, bella y discreta;
y cuantas veces en los salones
aparecías,
linda y coqueta,
¿Quién sabe, niña, los corazones
que tú rendías?
Cuando, perdidos entre las olas
del baile inquieto,
yo me encontraba contigo a solas,
con la apagada voz del secreto
te repetía
junto al oído
tiernas palabras de poesía,
que tú habrás dado, niña, al olvido.
De esas que fueron mis ilusiones,
niña, ¿qué resta?
Fueron instantes que huyeron bellos,
cual de la orquesta
los dulces sonos,
como las flores de tus cabellos,
como las luces de aquella fiesta
¿Quién piensa en ellos?
Hoy, cuando pasas tú por mi lado
y hasta los míos alzas los ojos,
ni tú recuerdas a quien te ha amado,
ni yo en mí siento duelos o enojos.
Humo a los vientos,
rosas de un día,
fueron, oh niña, tus juramentos
y mis palabras de poesía.

ELLA

Era una niña modesta y bella.

Pasó a mi lado como una estrella,
como un perfume,
sin dejar rastro, sin dejar huella.
¿quién los misterios saber presume
que guarda el alma?
La vi tan sólo la vez aquélla,
y aun este tedio que me consume
cede y se calma
pensando en ella.



Filosóficas



A un buque náufrago

Ahí, tendido en la desierta arena,
cual gladiador vencido,
náufrago buque, con amarga pena
contemplo rotos tu poder, tu gloria;
y el mar sañudo, que a tus pies resuena,
parece, al son de sus movibles olas,
celebrar tu desastre y su victoria.
¿Quién lo temió cuando por vez primera,
al viento dando las tendidas lonas,
soberbia nave, el resguardado puerto
dejaste y, altanera,
de las aguas sin fin por el desierto,
buscaste audaz las apartadas zonas?
¡Qué bello entonces, nave, hubiera sido,
cuando en bonanza el mar sus olas tiende
y el sol de fuego, hasta el cenit subido,
en cambiantes de luz el agua enciende,
tu vela hinchando las saladas brisas,
que blandas rizan la nevada espuma,
verte llevada, como leve pluma,
por sus extensas superficies lisas!
O bien, al rebramar las tempestades,
cuando imponente el huracán conmueve



las inmensas, cerúleas soledades,
y apiña el manto de enlutadas nubes;
cuando la mar sus gigantescas moles
lanza de Norte a Sur, de polo a polo,
y un continente y otro estremecidos
pueden apenas sostener su embate,
¡verte a ti, buque audaz, verte a ti solo
ante el viento y la mar embravecidos,
trabar con viento y mar rudo combate!
Y ora mirarte allá en el horizonte
punto negro escondido;
ora avanzando al pavoroso empuje
del agua, tal como gigante monte
sobre ti desprendido;
y verte al fin, las olas y huracanes
venciendo, entrar en el seguro puerto
que en largos brazos se extendía abierto,
calma feliz brindando a tus afanes.

Hoy, escarnio del mar que dominante,
muestra eres fiel de la inconstante suerte,
muda lección que a los humanos dice
el fin cercano del poder más fuerte...
...Tal en la tierra míseros despojos
vemos aún de los pasados pueblos
que sobre el mundo han sido,
restos de los imperios naufragados
en el mar de la edad, que ella abandona
sobre las playas del eterno olvido.

[...]

Como tú, buque audaz, el alma mía
bogó al nacer por mares de ventura;
después la tempestad de las pasiones
cambió su claro cielo en noche oscura,
y airados aquilones
la combatieron con su furia impía,
hasta que al fin, del triste desengaño
sobre la arena fría,
náufraga mi esperanza se halla ahora,
sombra no más de lo que fue algún día.
¡Nave infeliz, si tu cortante prora
surcó la mar en busca de riquezas,

que la paz y el comercio te brindaron,
yo deploro tu fin! Mas, si sus iras
en ti escondió la tormentosa guerra,
que en sed de sangre y destrucciones vino
a conturbar el golfo cristalino,
estrecha siendo a su furor la tierra;
si obedeciendo, cruel, a tu marino,
aportaste a las líbicas arenas
para llenar tu seno, en su codicia,
con sus hijos cargados de cadenas,
que América por oro le trocase,
saciando su sacrílega avaricia,
o si buscate, oh nave, entre los mares
a la ambición del hombre un nuevo mundo
ignorado hasta aquí, donde la Europa
su germen lleve de dolor y horrores,
y de su vicio inmundo
derrame llena la nefanda copa,
bien hizo el ancho mar, el mar profundo,
en desatar su rabia y sus furores
para arrojarte sobre playa ignota,
donde la ira de tu Dios se lea,
y abandonada y rota
lección al hombre tu infortunio sea.

▽△

El genio

«Quien coja audaz el fruto de la ciencia
perderá el Paraíso.»
Tal fue del cielo eterna la sentencia.
¡Ay!, ¡infeliz de aquel a quien consume
la llama de su genio! ¡Ay de quien quiso
ceñir laurel amargo y sin perfume!
Que hoy no evita la frente que lo lleva,
cual otro tiempo, el rayo; hoy es la fama
un crimen: ¡ay del que a su altar se atreva!
Quien roba el fuego a Dios, gime protervo
atado a estéril roca: en él se ceba,
buitre voraz, el infortunio acerbo.

▽△

¡Funesto don! ¡Llorad los que en el alma
ansia sentís de tan fugaz victoria!
Cuerdos los hombres dieron igual palma,
que al martirio, a la gloria.

△

Golondrina de otoño

Soneto

Del norte huyendo las glaciales brumas,
de África busca el prolongado estío,
y rauda pasa, las azules plumas
rozando leve en el cristal del río.
Si atrás pudiera yo, corazón mío,
dejar así el dolor con que me abrumas,
el nido huyendo de mi hogar vacío,
surcara, oh mar, tus pérfidas espumas.
Pero ella ve el turbión que se avecina
y va a otros climas de apacible calma,
porque remonta hasta el cenit su vuelo.
Yo imitaré a esa pobre golondrina
y hallaré la perdida paz del alma
subiendo en alas de la fe hasta el cielo.

▽△

▽△

En Sagunto

Meditación

Era el primero de noviembre. Lánguido
el sol, bajando al Occidente, el velo
de las nubes inmóviles teñía
de oro, de rosa y de carmín. Los negros
montes en torno sus abruptas cumbres
coronadas de luz, sobre los cielos
azules destacaban. A mis plantas
los campos sin verdor, con cenicientos
vapores confundíanse, y la noche
en el confín del horizonte inmenso

▽△

la frente alzaba sobre el mar plumizo,
coronada de pálidos luceros.

Todo callaba en derredor. Sentado
yo en las últimas gradas del soberbio
teatro saguntino, absorto y triste,
libertad a mis vagos pensamientos
di y a mi loca fantasía. El curso
de las viejas edades, en revuelto
torbellino y en ondas presurosas,
pasaba ante mis ojos, y el silencio
profundo de la tarde interrumpían
tan sólo para mí los tristes ecos
de aquellas muertas voces, que sonaron
sobre la tierra estremecida un tiempo.

Allí, de pie, con majestad se alzaban
sobre las rotas losas del proscenio
los semidioses trágicos y el coro
cantando al ritmo de los himnos griegos.

Allí, en tropel confuso, los histriones
con la careta cómica, ora al viejo
lascivo remedaban o a la esclava
astuta y corruptora, al pendenciero
legionario, a la impura cortesana
de los suburbios, al villano ebrio
y al codicioso mercader, que pueblan
las fábulas de Plauto y de Terencio.

Y la escena borrábase y vela
sobre los muros al heroico pueblo
de Sagunto inmortal. Sus anchos campos
tala el cartaginés con los guerreros
del África y del Asia, infame turba
ávida del botín. Membrudos negros
hijos de Nubia, el ostentoso persa,
el griego astuto, los egipcios pérfidos,
los númeridas jinetes, con horrible
vocerío en redor pasan, y el suelo
cubren; y el cielo cubren, convidadas
a igual festín, las bandas de los cuervos.

Y todo huyó después, como arrastrado
por las alas rojizas del incendio,

y el mudo reino de la muerte en torno
los anchos llanos a mis ojos fueron.
Doquier que los clavaba, allí las sombras
de la pasada edad, allí el recuerdo
de una gloria o de un crimen. No, en ninguna
comarca de la tierra, el duro imperio
de una raza sobre otra o de un tirano
sobre todas las razas, con tan ciego
furor se disputó como en los valles
que verdes a mis pies se abren risueños.

Aquí, sin un cobarde, el pueblo todo
de Sagunto murió. Desde esos cerros,
vuelto hacia el mar, Aníbal contemplaba
las intranquilas ondas, a lo lejos
soñando ver de la enemiga Italia
las odiadas riberas. Los destellos
del sol poniente las montañas doran,
donde, invencible en el combate, al hierro
del comprado puñal cayó en Viriato
la independencia patria. Allá el postrero
campo en que César combatió y redujo
las últimas legiones de Pompeyo.

Y el mar también, que a mis absortos ojos
dilátase sombrío, osó en aquellos
remotos siglos emular las glorias
de la vecina tierra. Fue su seno
el que entreabrió la exploradora quilla
de los trirremes de Sidón. Por esos
cerúleos campos, del prudente Ulises
la errante nave atravesó y al puerto
llegó de las Hespérides. Lejanas
de aquí las cumbres gigantescas veo,
donde el griego marino alzó a la diosa
casta y velada de la noche un templo.

Todo fue: nada es. Sólo del polvo,
donde ignoradas en reposo eterno
yacén, se alzaron las antiguas sombras
cuando turbó estos valles el estrépito
con que pasaron las ardidadas huestes
de Jaime y de Vivar. Viose de nuevo
aquí, tras tantos siglos, de la Europa

y de África enemigas el siniestro
combate a muerte proseguir, y al árabe
y al cristiano luchar con el denuedo
mismo de entonces, sobre el campo mismo
donde Cartago y Roma combatieron.

¡Tierra empapada en sangre! En el transcurso
de más de veinte siglos los severos
anales de la Historia el nombre guardan
sólo de tus tiranos. ¿Quién el diestro
artífice sería que este augusto
teatro levantó? ¿Quién fue el primero
que de vides pobló nuestras colinas?
¿Quién encauzó el arroyo turbulento
fertilizando el llano, y quién de olivos
plantó el sagrado bosque? ¡Oh vilipendio!
La humanidad que el beneficio olvida
consagra bronce y mármoles al miedo.

¡Cuántos, antes que yo, sobre estas rotas
gradas vinieron a sentarse, y luego
cuántos vendrán y en el común osario
como yo irán al hundirse! Es vano espectro
de un sueño nuestra vida. Esos fingidos
personajes de Plauto, que el proscenio
de este arruinado anfiteatro un día
poblaron con sus voces, duraderos
son más que sus murallas. Y es que el arte
tiene algo de inmortal, y los que el estro
forja, seres fantásticos, no sufren
la ley fatal que rige al universo.

¡Era el primero de noviembre!... El día
expiraba en ocaso, cuando el trémulo
triste son de las lúgubres campanas
a orar llamó a los vivos por los muertos.
Yo me postré y recé sobre la tumba
de las pasadas razas. Fríos huesos
del cadáver de Roma eran las piedras
que hollaba con mis pies. Fúnebres restos
son nuestra herencia amarga. El hombre vive
siempre entre los sepulcros. Fatuos fuegos
somos en noche triste, y polvo, y sombra,
y humo, y ceniza, que arrebatara el viento.



Al Polo



La nave que deja el puerto,
¿sabe a qué azares se lanza?
¿Conoce el hombre el incierto
camino de la esperanza?

Del Norte el pálido astro
sigue en su rumbo el marino,
y el hombre el pálido rastro
de la estrella del destino.

La nave camina a solas
cuando el sol rompe las brumas,
entre las azules olas
y entre las blancas espumas.

Con las pasiones en calma
y ante horizontes risueños,
despierta a la vida el alma
tras los infantiles sueños.

La nave deja los climas
donde soplan vientos leves,
y ve de lejos las cimas
de las congeladas nieves.

Nuestra juventud declina,
cual sol de marchitas lumbres,
cuando la edad se avecina
hacia las áridas cumbres.

Y siempre obstáculos halla
nuestro infatigable anhelo,
como esa nave que encalla
en los témpanos de hielo.

Nuestro espíritu angustiado
nublan las dudas tan sólo,
como a ese buque han nublado
las largas noches del polo.

Las ilusiones amadas,
las esperanzas altivas

huyen, como esas bandadas
de las aves fugitivas.

No es fin de nuestros desmayos
dar breve tregua a los males;
no anuncian del sol los rayos
las auroras boreales.

Como esa barca remotas
playas ignoradas busca,
afán de cosas ignotas
nuestro pensamiento ofusca.

Hasta que la edad arranca
del alma la ilusión bella,
y, como al buque, en la banca
de lo imposible la estrella.

Rompióse la nave fuerte
y entre las corrientes vaga;
así en el mar de la suerte
nuestra existencia naufraga.

Y en tanto, ignorado y solo,
cubierto en perpetuo invierno,
se oculta lejano el polo
inexplorado y eterno.



A un filósofo cristiano

Ni el bien pasado ni el dolor presente
nunca turbaron tu impasible calma,
y, en excelsa región puesta la mente,
no hay una sombra en tu serena frente
ni hay una duda que te angustie el alma.

Tal, de las nubes traspasando el velo,
para bañarse en la perpetua lumbre
del sol, huyendo del rumor del suelo,
alzan los Alpes la nevada cumbre
triste, infecunda y solitaria, al cielo.

Mas de la cima estéril se desata
el agua en hilos de bruñida plata,
para ser luego- fecundante río,



lago que el cielo espléndido retrata,
fuente que llora en ángulo sombrío.
Tal de tus labios la verdad ignota
desde tu augusta soledad descende
sobre los pueblos que el error azota,
y el sacro fuego de la fe se enciende
y el santo amor entre los hombres brota.



En la muerte de una joven

No muere el sol en el cenit, ni el río
entre los anchos campos, que fecunda
con sesgo curso, agota
su sonoro caudal, ni el cierzo frío
las verdes frondas del abril azota.
¡Bien tras del monte arde
vaga la luz del día
cuando declina la callada tarde;
bien por la estéril playa
sus turbias aguas la corriente envía
donde la ola del mar gime y desmaya;
bien en las ramas, que al pasar despoja
de su retoño tierno,
silba el viento en los árboles sin hoja
en las noches glaciales del invierno!
¡Bien a la vejez trémula
la amarga ley de fenecer!... Sucumba
quien, del poder vital roto el imperio,
la cana frente dobla, y de la tumba,
triste asilo de paz, ama el misterio;
que ese lúgubre asilo,
cuando a él se llega con la frente mustia,
sitio es en donde la sufrida angustia
cede y descansa el ánimo intranquilo.
Sólo tras de la suerte
de esa transformación, dulce y divina,
hacia el dintel oscuro de la muerte
la ancianidad camina,



desatando los lazos con que aduna
su doble ser la desigual fortuna;
y a par que fluye al corazón más lenta
la sangre, cobra el corazón más calma,
y es más lodo la carne macilenta,
más espíritu el alma.

Pero, cuando temprana
la edad corona con los negros rizos
la clara frente, y brilla
en la tersa mejilla
el sonrosado albor de la mañana;
forman nido en el seno los hechizos;
sonora la voz canta;
vela el naciente amor casto los ojos;
mueve la danza alegre la ágil planta;
vive la risa entre los labios rojos,
y todo al soplo de la muerte espira,
¡ah!, la energía brava
del alma estalla en impotente ira,
de un loco azar al comprenderse esclava.

¿Quién sabe?... Del ignoto
porvenir, ella, los tupidos velos
ya con su mano juvenil ha roto.
¡Feliz si halló en el término remoto
la puerta azul de los cristianos cielos!



Visión

«-¿Quién eres tú que, en la apartada cumbre,
coronada de nieblas,
huyes de la azorada muchedumbre
y con tus sueños tu desierto pueblas?
-Ven.»

Sobre el ígneo coche
de rápidos, flamígeros corceles
crucé con él las sombras de la noche,
y surcamos los ámbitos profundos
del no medido espacio,



a través de los soles y los mundos.

«-¿Qué es esto?

-Mi palacio.»

Y descendimos sobre el mar, que muje
como corcel salvaje, cuando el viento
lo azota, y con empuje
fiero levanta, orlados de diademas,
montes de agua espumosa al firmamento.

«-¡Lejos huyamos de su horror!

-No temas.»

Y en oriental estancia,
sobre la alfombra de mullida seda
y entre aromas de célica fragancia,
vi danzar la hurí leda,
medio desnudo el seno de alabastro.

«-¡Dichoso quien lograr sus besos pueda!

-Yo desdeño el placer que huye sin rastro.»

Y entre el fragor de las revueltas haces
que se entrechocan crueles,
sirvió su voz de aliento a los audaces
que, hiriendo con las lanzas los broqueles,
repetían sus cánticos de guerra:

«-¿Por qué no les das paces?

-Yo sólo doy laureles.»

Y descendimos desde la ardua sierra
hasta el valle tranquilo
do juega el viento manso,
brindándonos las grutas fresco asilo,
grato rumor las fuentes cristalinas.

«-¿Por qué en el blando césped te reclinas?

-Es mi mejor descanso.»

Y de la corte el popular tumulto,
que cubre el fraude, la ambición y el dolo,
huyó pasando oculto:

«-¿No gozas?

-Me hallo solo.»

Y en la antigua ciudad de rotas piedras
sentóse entre las moles de granito,
que festoneaban las silvestres yedras:

«-¿Qué haces aquí?

-Medito.»

Y entró del templo en la desierta nave,
do suena hueca bajo el pie la tumba;
donde el canto sonoro
envuelto sube entre el incienso suave
y por los arcos góticos retumba:
«-¿Por qué bajas la frente?

-Rezo y lloro.»

Y ascendimos de nuevo a la montaña
sobre el carro de fuego,
y, evocadas por él, con forma extraña,
mil sombras miré luego
raudas pasar. Lo que la edad oculta
en el oscuro porvenir incierto;
lo que dentro del alma se sepulta,
todo lo miré abierto.
«-¿Quién eres tú, que mandas al destino,
descifras los arcanos,
tienes la inmensidad para camino,
polvo ante Dios, y Dios de los humanos?
-Yo guardo del perdido Paraíso
dentro del alma la visión primera;
yo los abrojos de la tierra piso,
la frente en otra esfera;
yo sé del cielo el olvidado idioma:
mago la Siria me llamé; profeta
quien bebió el agua del Jordán escaso;
sibila un tiempo me invocó de Roma
la muchedumbre inquieta:
hoy ignorado por la tierra paso,
hoy me llamo poeta.»

▽△

Una tarde

Comenzaba el otoño. El sol caía
como broquel de fuego tras la espalda
del áspera montaña. Una alquería
blanca, del cerro en la aromosa falda,

▽△

era mi albergue, que ceñían en torno
un huerto al pie y dos parras por guirnalda.
Los que engendró en la fiebre del bochorno
agrios frutos la tierra, eran a octubre
miel sazónada y primoroso adorno.
Como la madre en el regazo encubre
al hijo tierno, y con alegre risa
pone en sus labios la repleta ubre,
así naturaleza, a la indecisa
luz de la tarde, acarició mi frente
con los besos callados de la brisa.
Y me brindó el racimo transparente
entre los verdes pámpanos, o el frío
licor que mana en la escondida fuente.
Sentado al pie del álamo sombrío
cerré el poema místico de Dante
y abismé la mirada en el vacío.
¿Fue sueño? ¿Fue visión? Surgir delante
vi las lúgubres sombras de su Infierno,
símbolos tristes de la edad distante.
Y ora dulce, ora horrible, en giro alterno
sonaba el canto celestial del vate
o el gran sollozo del dolor eterno.
Mas, como suelen, en marcial combate,
los corceles pasar, suelta la brida
y en los flancos clavado el acicate,
así la turba réproba en huida
rauda pasó y en torbellino inmenso,
cual paja vil, del huracán barrida.
Entre el nublado de la noche denso
se perdió la angustiada muchedumbre,
que tuvo un punto mi ánimo suspenso.
Luego, una blanca y apacible lumbre
bañó la tierra y los vecinos mares,
y por las breñas de la opuesta cumbre
vi descender hacia mis pobres lares
dos sombras: una, de laurel ceñida,
y otra, nublado el rostro de pesares.
Paráronse ante mí, y con dolorida

voz, la más triste de las dos, me dijo:
-«Alma gentil, para sufrir nacida,
tú revuelves en vano, entre el prolijo
curso de tu angustiado pensamiento,
la oscura frase que al mortal dirijo
en aquel prolongado, hondo lamento
que, desde el antro de la vida humana,
lancé en mi canto a la merced del viento.»

Yo respondí: -«Si no eres sombra vana,
ilumina mi espíritu y la clave
préstame de tu ciencia soberana.»

Ella inclinó hacia tierra el rostro grave,
y dijo con palabra y con gemido:

-«¡Quien sabe de dolor todo lo sabe!

El secreto en mis versos escondido,
es la excitada indignación, que azota
los vicios de mi tiempo envilecido;
es esa noble aspiración que brota
del pecho, y busca en la región serena
de un prometido bien la luz remota.

Es la gloria comprada con la pena;
es la lucha del ánima cautiva
que ansia volar, rompiendo su cadena.

Yo lo tracé para que eterno viva
el cuadro fiel de la miseria nuestra,
dote fatal de la maldad nativa.

Y esos que ante tus ojos en siniestra
falange huyeron, del mundano vicio
los monstruos son, que mi canción te muestra.

Yo hice rodar sobre su duro quicio
las puertas, ¡ay!, del corazón humano,
y me asomé temblando al precipicio.

Y penetré en su fondo, y vi el arcano
de la existencia terrenal, y el lloro
de entonces quiero contener en vano.

«La avaricia cruel, sedienta de oro;
la ira sangrienta, lívida y cobarde;
la adulación astuta y sin decoro;
la envidia artera; el fastuoso alarde

del necio orgullo; la lascivia impura,
que aún en las venas agotadas arde;
el ciego azar de la ignorancia oscura
la soberbia razón, rebelde al yugo,
vistiéndose el disfraz de la locura;
el egoísmo ruin, árbol sin jugo,
sin frutos y sin sombra; el vil recelo,
sirviéndose a sí propio de verdugo;
la falsa ciencia huérfana del cielo;
trémula y suspicaz la tiranía;
la venganza, sin goce y sin consuelo;
pálida la menguada hipocresía,
haciendo, infame, su bazar del templo
y en los dones de Dios su granjería:
eso miré en su fondo, y lo contemplo
hoy como ayer, cual ponzoñosa yerba,
cual negra mancha y cual dañino ejemplo.

Ese fue el numen que mí frase acerba
dictó contra mi siglo y con que azoto
al torpe vulgo y la ruindad proterva.

Yo, que las puertas del Infierno he roto,
sé de dolor y sé lo que se esconde
del pecho humano en el recinto ignoto.»

Calló. Yo alcé la frente, y dije: -«¿En dónde
buscar la amada paz y la alegría,
que al santo afán de la virtud responde?»

«Ésta fue mi maestro y fue mi gula
-dijo la sombra, y se volvió hacia aquella
que el lauro de oro en la alta sien ceñía-:
fue la piadosa Beatriz la estrella
que me alumbró por el confín precito,
y el gran Virgilio encaminó mi huella.

La Poesía y el Amor bendito
las fuentes son en donde el alma apaga
su abrasadora sed de lo infinito.»

Reinó el silencio, y la penumbra vaga
del ancho espacio esclareció un momento
la luz de los relámpagos aciaga.

Visión y sombras, cántico y lamento,

todo desapareció, como llevado
sobre las libres ráfagas del viento.
Pero de entonces sé que del pecado
redimir pueden nuestra amarga vida,
el canto de los vates inspirado
y el casto amor de la mujer querida.



A orilla del mar

Improvisación

Blanca, gallarda, envuelta
por la bruma del mar,
la vela al soplo de la tarde suelta,
la nave lejos va.



Boga, boga y se pierde
cuando muere la luz,
allá donde se juntan la mar verde
y el horizonte azul.

¿De qué remotas zonas
viene con rumbo audaz?

¿El viento que hincha sus tendidas lonas,
donde la llevará?

¿Trae el profundo seno
con el oro y marfil,
y con la seda y las esencias lleno
del oriental confín?

¿O entre sus bordas cierra
los que el odio engendró,
monstruos de bronce a los que da la guerra
su atronadora voz?

¿Verá del ancho puerto
la alegre multitud,
o el negro abismo de la mar abierto
será su tumba aún?

Buscando nuevos lares
de la fortuna en pos,
¿dieron, los que allí van, a sus hogares

el triste último adiós?
¿O desde la alta prora
buscan el techo fiel,
en donde se ha contado hora por hora
su tardanza cruel?

Blanca, gallarda, envuelta
por la bruma del mar,
la vela al soplo de la tarde suelta,
la nave lejos va.

Boga, boga y se pierde
cuando muere la luz,
allá donde se juntan la mar verde
y el horizonte azul.

Yo, imagen suya, ignoro
mi origen y mi fin;
si breves dichas o perpetuo lloro
me guarda el porvenir.

Mi alma y ella los mismos
destinos correrán,
yo en dudas y ella entre los dos abismos
del cielo y de la mar.



A bordo

La mar, tras la borrasca, se estremecía sorda
del moribundo día a la dudosa luz,
cuando yo, sobre el puente, de pechos en la borda,
pensaba así, mirando la inmensidad azul:

Bajo la frágil tabla donde al azar me fío,
¿qué pasa en los abismos recónditos del mar?
¿Qué ley rige ese mundo desconocido y frío,
sumido en los horrores de eterna oscuridad?

¿Qué monstruos gigantescos vagan por él a solas
mudos, inquietos, ciegos, sin odio y sin amor?
¿Qué seres misteriosos, debajo de esas olas,
cruzan entre las sombras sin voz y sin rumor?

La Soledad inmensa, la Noche interminable



y el gran Silencio, eterno, rigen a par los tres
este escondido imperio del ancho mar inestable,
que se estremece y gime debajo de mis pies.

Cuando la nave, herida por la cruel tormenta
su destrozado casco hunde en el mar voraz,
¿qué descubre en las aguas, por donde baja lenta,
el capitán que atado al roto mástil va?

¿Ve de los buques náufragos desde la edad remota,
sin velas y sin remos, sin rumbo y sin timón,
entre las densas nieblas pasar la negra flota
de Oriente al Occidente, del Sur al Septentrión?

¿Ve del antiguo pueblo, que sumergió precito
el agua del diluvio, alzarse de pie aún,
las torres y los templos de mármol y granito,
y el pórtico y los foros sin voz ni multitud?

¿Ve de los continentes el conmovido asiento,
y de las grandes islas el deleznable pie,
que grano a grano arranca el líquido elemento,
para en común naufragio sus restos envolver?

Lo que en tu seno ocultas, oh mar, la tierra ignora:
¿la tumba eres acaso de un mundo que murió?
¿O acaso eres la madre fecunda y creadora,
que en sus entrañas guarda de un mundo el embrión?

Hoy, no, como en los tiempos de la risueña Grecia,
con las sirenas pueblas tu inmensidad sin fin;
hoy, cuando en tus llanuras la tempestad arrecia,
no aplaca ya Neptuno tus ondas de zafir.

Hoy Venus ya no nace de tu ligera espuma;
Proteo sus rebaños no lleva por ti, oh mar;
y la verde Anfitrite, ceñida en tenue bruma,
no habita tus palacios de nácar y coral.

Mas, cual la antigua Venus, hoy de tus aguas brota,
al beso del sol cálido, blanco vapor sutil
que engendra, cuando en lluvia descende gota a gota,
los frutos del octubre, las rosas del abril.

De ti, cual de Neptuno, la nube que camina
al viento y luz cambiando de forma y de color,
el río turbulento, la fuente cristalina
y el solitario lago los tributarios son.

Te hablo, y con un gemido parece que respondes,
y finjo que mi suerte como la tuya es;
que algún dolor inmenso dentro del seno escondes,
como el que en mi alma triste escondo yo también.
Naufragio de esperanzas, ruinas del bien ausente
y sombras y terrores, el hombre, como tú,
encubre: él, bajo el velo de su serena frente;
tú, bajo el falso velo de tu sereno azul.



Narrativas



Romance

La aldea en que vivo cierran
dos montañas elevadas,
y de mis ventanas miro
las dos cumbres solitarias,
negras sobre el fondo de oro
del sol, que muere a su espalda.
Torres de un noble castillo
coronan a la más alta,
y en la cima de la opuesta
una pobre ermita se alza.
Todos en el pueblo ignoran
quien, en edades lejanas,
construyó las negras torres
ni la pobre ermita blanca;
mas cuentan que en viejos días,
cuando en las regias estancias
del castillo, a media noche,
los caballeros y damas
entre los brindis reían
o el necio juglar cantaba,
allá, en la oscura capilla
de la otra cumbre, las santas
oraciones y los himnos
de humildes monjes sonaban.



La campana de las torres
fue horrible grito de alarma,
nuncio de las enemigas
destructoras algaradas;
la campana de la iglesia
era la voz de las gratas
fiestas que el pueblo sencillo
a un Dios de paz consagraba.
Ferradas puertas y fosos,
ennegrecidas murallas,
alzados puentes y alerta
los centinelas, la entrada
vedaron por los senderos
que a la fortaleza alcanzan:
junto a la vetusta ermita
la hospedería sagrada
dio al cansado peregrino
lecho, y pan, y amor del alma.
Desde el rastrillo hacia el valle
bajaron los hombres de armas,
talando el campo y pidiendo
tributos dados con lágrimas.
Con rotos sayales grises
también los monjes bajaban
mendigando el bien del rico
para darlo en las cabañas.
Se erguía frente al castillo
la horca negra en ancha plaza,
y en la plaza de la ermita
la cruz con secas guirnaldas.
Los que en los fosos cayeron
en las siniestras batallas,
yacen, sin tumbas benditas,
bajo sus inmundas charcas;
los que en la iglesia reposan,
yacen bajo losas pardas
sobre las que llora o reza
el caminante que pasa.
Hoy en las rajadas torres
anidan sólo las águilas,
y los altaneros muros

sólos las yedras asaltan,
mientras que van las palomas
en rumorosas bandadas
aún a posar en la torre
de la pobre ermita blanca.
Hoy huyen las campesinas
la fortaleza arruinada,
y al atrio de la capilla
van el domingo a sus danzas.
Cuentan del viejo castillo
consejas que al vulgo espantan,
y a par cuentan los milagros
del santo de la montaña.
Nobles, juglares, guerreros,
pasaron como las fatuas
sombras de un sueño, y el monje
aún vive en su humilde casa.
Polvo serán las almenas,
polvo las marmóreas salas,
polvo barrido del viento
muros y torres cuadradas;
y aún se alzaré sobre el monte
la ermita, cuya campana
sonando trae a mi oído
voces que al cielo me llaman.
Cuando las dos cumbres miro
desde mi estrecha ventana,
fínjome que simbolizan
una, la ambición bastarda,
la vil codicia y la estéril
gloria con sangre comprada;
y otra, el santo amor celeste,
la aspiración noble y casta,
fecunda, inmutable, eterna,
como el Dios de quien emana.

▽△

Égloga

Ella, la que acompaña

▽△

siempre mi soledad, subió conmigo
una tarde de abril a la montaña,
y, junto al bosque amigo
de los antiguos robles corpulentos,
entrambos sin testigo,
con débiles acentos,
dimos nuestros coloquios a los vientos.

YO

¡Cómo al cálido beso
del sol, la tierra toda estremecida
palpita y siente el corazón opreso
con el afán de renaciente vida!
Mira, de la congoja
del aterido invierno
despierta el valle, que al placer convida,
y cada soplo de aire en cada hoja
deja un suspiro tierno.

ELLA

Ese soplo que engendra
las llores en las ramas del manzano
y entre las hojas la temprana almendra,
también, hasta el humano
pecho, llevando su fecundo arrullo
con sus revueltos giros,
abre en el corazón ese capullo
cuyo perfume son nuestros suspiros.

YO

Mira cómo del hondo
barranco sale hacia el risueño valle
el río, y copia en su tranquilo fondo
de álamos negros la extendida calle.
Mira cómo se pierde
su sesgo curso entre la alfombra verde
del fresco prado, y salta
su caudal cristalino
para vencer el alta
presa de aquel molino,
y luego ensancha el curso y se dilata
brillando al sol como raudal de plata,
hasta perderse al fin del horizonte
doblando el pie del contrapuesto monte.

ELLA

¿Quién sabe, más allá, si entre las quiebras
¡ay!, alejado de su humilde cuna,
irá rompiendo sus delgadas hebras,
o en fétida laguna
sus muertas aguas la temida peste
pálida engendrarán?... De su fortuna
no ansíes tú el rumbo, no. Dicha celeste
para ti guarda el pobre
hogar donde naciste y donde a solas
tu alma será como la oculta fuente,
más fecunda en su lánguida corriente
que el turbio mar con sus inmensas olas.

YO

Mira cómo verdea
del nuevo trigo la cosecha opima
desde las blancas casas de la aldea
hasta del monte en la redonda cima.
Mira el ala del viento
cómo los tallos al pasar orea
con blando movimiento,
y huye después, como atrevido amante,
que, en perdonable exceso,
de su amada en el labio palpitante
logró imprimir el disputado beso.

ELLA

En el surco el labriego escondió el grano,
como oculta el avaro su tesoro:
pronto vendrán los fuegos del verano
y brotarán doquiera espigas de oro.
En tu ánima sencilla
guarda bien la semilla
de mis palabras dulces y serenas
del mundo infiel contra los torpes daños;
y, como a fruto de tus largas penas,
verás cuál nace en ti, al correr los años,
el pan bendito de las almas buenas.

YO

Mira con raudo vuelo
cómo las pasajeras golondrinas

surcan de nuevo nuestro alegre cielo,
y buscan, escondidos
en las viejas encinas
o en la alta torre, los antiguos nidos.

ELLA

Cuando el pálido invierno
cubra con manto blanco esas laderas,
huirán del nido tierno
las negras golondrinas pasajeras;
y sólo el pardo gorrión, que enoja
con su trinar sencillo,
será fiel a los árboles sin hoja
y al nido de las torres del castillo.
Quien busca el tibio sol de tu fortuna
si el duelo viene, te abandona y marcha,
como la golondrina huye su cuna
cuando llega la escarcha.

Ya del vago crepúsculo los tules
iban cubriendo la región serena;
las abejas dejaban las azules
flores por la colmena;
la yunta de los bueyes
arrastraba el arado en los senderos;
las baladoras greyes
llamaban a los tímidos corderos,
lentas marchando hacia el cercano aprisco;
centelleaba la hoguera
del leñador, en empinado risco;
iba inundando la ondulada alfombra
de la verde pradera
de las montañas la creciente sombra;
sonaba la campana
de la ermita vecina,
a par que la lejana
canción de la afanada campesina,
cuando, buscando del hogar que humea
el pobre techo amigo,
de la montaña, entrambos sin testigo,
mi musa y yo, bajamos a la aldea.



La fiesta de Venus



Ya del oscuro Citerón las cumbres
bajaba el sol a trasponer, vertiendo
ríos de luz sobre los verdes mares,
cuyos abrazos lánguidos, y besos
dulces y prolongados, adormecen
los grupos de las islas del Egeo
Helios guiaba sus caballos de oro
hacia el collado de la augusta Delfos,
y en las rocas de Egina y las abruptas
cimas sagradas del antiguo Himeto
sus reflejos de púrpura bañaban
los bosques de olivares cenicientos,
por donde va, entre franjas de verdura,
del Cefiso el caudal siempre risueño.
Sunium extiende la azulada sombra
de su alto promontorio sobre el lecho
de las calladas ondas, y en la cumbre
blanco se eleva de Minerva el templo,
donde Platón meditabundo entabla
coloquios con las musas del silencio.
De allí descubren los pasmados ojos
todo el golfo del África, y los senos
de sus risueñas costas, y el enjambre
de sus pequeñas islas que, en el terso
cristal, parecen cual bandada de aves
fugitivas del África, que el sueño
detuvo allí una noche, y que a otros climas,
tornando el alba, emprenderán su vuelo.
Bajo del ancho pórtico, en las gradas
que hasta el atrio conducen, sobre el fresco
césped que brota entre las blancas piedras,
de las columnas jónicas sustento,
Platón descansa entre el amado grupo
de sus fileles discípulos, que atentos
ora a la voz de su elocuente labio,
ora el rumor del mar, que en sordo estruendo
bate del cabo las diformes rocas,

ora a las quejas lánguidas del céfiro
yacen inmóviles semejando aquellas
escenas de los dioses que el eterno
cincel de Fidias, en los anchos frisos,
supo trazar del Partenón soberbio.

Callados miran, de la clara tarde
a la mudable luz, tierras y cielos
prolongarse sin límites. La noche
sube ya por las faldas del Taigeto;
pero aún el rayo trémulo del día
brilla sobre el sepulcro de Teseo.

Callados miran de la mar hirviente
los vívidos cambiantes y el incierto
vaivén de sus llanuras solitarias,
que leve impulsa pasajero el viento;
cuando, en sus frescas ráfagas, la brisa
trajo a su oído el rumoroso eco
de la confusa multitud, que invade
las murallas de mármol del Pireo.

Largos trirremes de encorvadas prolas
con la estatua de un dios; con los abiertos
velámenes de púrpura, que ciñen
cuerdas de seda pérsica, al ligero
soplo del aire henchidos; con la popa
de oro y marfil ornada, y con los remos
blancos cayendo en uniforme golpe
sobre las quietas aguas, desde el puerto
bogaban hacia el mar, y al clamoroso
grito de despedida, los viajeros
de las gallardas naves, agitando
ramas de mirto y en la sien ciñendo
frescas guirnaldas de fragantes rosas,
de, ¡adiós!, mandaban el alegre acento.

«Mirad: la primavera

-dijo Platón- con sus templadas lumbres
ya de la azul esfera
bajó de Grecia a las desiertas cumbres;
ya de las urnas de los sacros ríos
brotó el caudal sonoro,
y en los valles umbríos,
cabe las fuentes, las risueñas ninfas

danzan en raudo coro,
sus pies mojando en las fugaces linfas.
Abril sobre la tierra
llegó seguido de inocentes juegos,
y en todo pecho virginal encierra
del casto amor los poderosos fuegos.
Ya la guirnalda trémula corona
los álamos y acacias,
y el himno alegre de la vida entona
el grupo de las Gracias.
Mirad: esas veleras
naves que van sobre la mar sombría,
dejando atrás de Atenas las riberas,
mañana, cuando el día
trace en Oriente la argentada raya,
nuncio del sol, entre la niebla fría
verán de Chipre la extendida playa,
donde, con voz doliente
la madre de Afrodites, a la ausente
hija llamando, lánguida desmaya.»
Calló, y las naves avanzando raudas
dejan atrás el mágico archipiélago
de las Cícladas islas, y en las aguas
navegan ya del cabo, hacia el estrecho
encaminando el rumbo. A Chipre llevan,
para postrarse ante el altar de Venus,
los peregrinos del amor, que el voto
de ver la diosa del abril hicieron.
Sobre la popa en grupo las doncellas,
al compás de acordados instrumentos,
tejen las danzas de la Frigia, en tanto
que, en ritmo jonio, el coro de mancebos,
al blanco soplo de la tarde, entrega
el himno sacro en cadenciosos versos.

HIMNO A VENUS

I

Cuando nació en el agua que rompe en las arenas,
a Chipre, entre sus brazos, las pálidas sirenas
trajéronla, diciendo monótono cantar.
Cuando enjugó en la orilla su cabellera blonda,
las gotas que cayeron sobre la móvil onda

las perlas son que, avaro, guardó en su fondo el mar.

II

Cuando entreabrió los ojos, cual rayo de alegría,
bañó tierras y cielos la luz de un nuevo día,
vibraron más los astros, brilló más rojo el sol.
Ardieron las hogueras sobre las pardas cumbres,
y hasta Diana excelsa, vestida de albas lumbres,
tiñó las tenues nubes con cálido arrebol.

III

Cuando entreabrió los labios, las inodoras brisas
el inconstante vuelo pararon indecisas
para aspirar el ámbar nacido en su carmín.
Y al recorrer de nuevo los valles y las lomas,
llenaron los espacios con célicos aromas
de rosa y de violetas, de nardo y de jazmín.

IV

Marchó, y el cadencioso, gallardo movimiento
las palmas imitaron cimbrándose en el viento,
las nubes en los cielos flotando el blanco tul,
los cisnes en las aguas, la cierva en las praderas,
y hasta en el ancho espacio las fúlgidas esferas
rodaron armoniosas por la extensión azul.

V

Hablé, y la fuente quiso copiar su dulce arrullo;
el céfiro en las ramas, con plácido murmullo,
fingió el suspiro tierno que arrebató veloz.
Y las calladas aves, en los frondosos huertos,
formaron todas juntas los mágicos conciertos
que, aun hoy, remedan vagos los timbres de su voz.

VI

Del beso de la tierra, los cielos y los mares,
nació la que hoy adoran de Chipre en los altares;
su enamorado esposo el dios del fuego es.
La Guerra entre sus brazos semivencida duerme,
y del triunfante Baco, su débil mano inerme
los sanguinarios tigres encadenó a sus pies.

VII

Por premio en el certamen ganó de la hermosura
el rico fruto de oro, y a su gentil cintura
atáronle las Gracias el blanco ceñidor.

Su símbolo es el mirto, que el aquilón no troncha;
su carro de batalla la nacarada concha;
sus invencibles armas las flechas del Amor.

VIII

Cantemos a la diosa en cuyo templo augusto,
sobre las limpias aras, el sacerdote adusto
no inmola ser alguno con matador puñal.
Llevámosle de Arabia las olorosas gomas,
del Pindo y del Coëta las candidas palomas
y del sagrado Egipto la rosa virginal.

Desde las rocas de la cumbre escuchan
Platón y sus discípulos, atentos
los cantos de las naves, y repiten
a medía voz sus armoniosos metros.

La luz tranquila de la tarde clara;
la soledad callada; el casto beso
de la apacible brisa; el son lejano
de las acordes liras; los reflejos
de los dormidos mares; los efluvios
de las silvestres flores, y el concierto
de las aves que anidan en los bosques
de olivos y laureles, todo a un tiempo
la mente inclina a meditar, y todos
su vista al rostro de Platón volvieron.

«Sí -les dijo el filósofo-, la diosa,
cuya dorada hebra
rayo es del sol, y cuyo pie a la rosa
dio su color purpúreo, la graciosa
fiesta en los templos del amor celebra.

Pero el sagrado mito
que en su risueño culto
dejó la Grecia primitiva escrito,
hoy, del pudor insulto,
perdió en los pueblos su sentido oculto,
y es de la carne el oprobioso rito.

Venus no fue la meretriz impura,
sino el místico emblema
de la incesante y renaciente vida,
que eternamente dura
del casto amor bajo la ley suprema.

Venus es la escondida

fuerza que late en todo;
alma por arte misterioso unida
del cuerpo vil al deleznable lodo.
Es el consorcio, el plácido himeneo,
la infatigable creación, la esencia
que por secreto modo
vívida alienta el pertinaz deseo.
Venus es la existencia,
que audaz la muerte pasajera trunca;
pero que entre sus brazos
Naturaleza, con amantes lazos,
perpetua engendra sin cansarse nunca.
Por eso cuando asoma
bella en abril la verde primavera,
y busca la paloma
a la paloma fiel por compañera;
cuando se abren en flor las secas ramas;
cuando en el prado y en la parda loma,
del sol naciente a las templadas llamas,
dan las plantas al viento el suave aroma;
cuando cada semilla
germina oculta en la bañada tierra,
y el nido la avecilla
allá en el fondo de la selva encierra;
cuando brota el retoño;
cuando corre festiva
los claros bosques la ufanada cierva,
y, huésped del abril hasta el otoño,
la codorniz esquiva
viene a esconderse entre la fresca hierba,
y la cabra lasciva
busca las tiernas hojas del madroño,
y el tibio ambiente nuestra fuerza enerva,
a la ciprina diosa,
símbolo fiel de los amantes fuegos,
la juventud consagra hojas de rosa,
el himno dulce y los alegres juegos.»
Calló, inclinando el rostro, y los discípulos
meditaban las frases del maestro,
cuando, tras del Acrópolis, la luna
su disco alzaba enrojecido, inmenso,

y el amarillo nimbo del crepúsculo
sobre los montes se apagaba lento.
Más que otras noches en la azul techumbre
blanco brillaba el diamantino Véspero,
propicio al navegante, y su albo rayo,
copiándose sobre las aguas trémulo,
pareció que a las naves atenienses
marcaba el rumbo por el mar desierto,
donde velas, y música y cantares
entre sombra y distancia se perdieron.



Mitológicas



Orfeo

¡De Ovidio los dulces versos
qué tristes lecciones guardan!



Cuando la tarde las sombras
prolonga de las montañas,
yo, al pie de los viejos olmos
que el arroyo copia y baña,
leí de Orfeo y de Eurídice,
meditabundo la fábula.

Al hondo averno desciende
el bello cantor de Tracia,
diciendo al son de la lira
las concertadas palabras,
y al resplandor de su frente
la eterna noche se rasga,
y al eco de su voz dulce
el duelo eterno se aplaca.

Por la faz de las Euménides,
ruedan las primeras lágrimas;
Tántalo olvida las ondas
de las fugitivas aguas;
Ixión detiene su rueda;

los buitres, que las entrañas
de Ticio devoran, cesan
el cruel festín; con sus ánforas
vacías al canto atienden
de Belo las hijas pálidas,
y hasta Sísifo sentado
sobre su peñón descansa.

Absorto el báratro escucha
las enamoradas ansias
que, con cadencioso metro,
la lira de Orfeo exhala;
y él, de Eurídice seguido,
por entre las sombras pasa,
robando al tártaro aquella
que es la mitad de su alma.

Ya dejó el antro; ya mira
lejana la luz del alba;
ya puso un pie de Aqueronte
sobre la temida barca:
¿Por qué enmudeció su lira?...
¿Por qué su canción se apaga?...
¡Roto el encanto del himno
que las contenía esclavas,
de nuevo las negras Furias
a Eurídice le arrebatan!

-Yo pensé: La poesía
baja así al fondo del alma,
antro donde las pasiones,
cual fieros monstruos, batallan.

A su resplandor celeste
los duros tormentos paran,
y, rescatado el espíritu,
desplega libre las alas
para volar hacia donde
la inspirada voz le llama;
pero, al apagarse lentas
las vibraciones del arpa,
mueren con ellas las breves
horas de amor y esperanza.



Psiquis



Como naves ancladas
del ancho puerto en el seguro asilo
cuando en el mar la tempestad arrecia,
en tu golfo tranquilo
duermen las islas Jónicas, oh Grecia.

Cual cisne de albas plumas
sobre el azul del lago,
coronada de brumas,
Chío levanta su contorno vago,
del mar entre las cándidas espumas.

Cual nido de palomas,
en medio de los bosques seculares
se alza un albergue entre las pardas lomas,
al que dan besos las volubles brisas,
cantos de amor los mares,
rumor las fuentes, el jardín aromas,
rayos el sol y el cielo sus sonrisas.

Allí es do Psiquis mora,
la de pálida frente soñadora,
la que vela desnudos sus hechizos
con la red de oro de sus blondos rizos.
Cuando va sobre el mar, blanca sirena;
náyade azul, cuando atraviesa el río;
ondina en la serena
fuente, y en el sombrío
bosque, que el mirto con la yedra aduna,
ninfa dormida al rayo de la luna.

Cuando la noche enciende
mil astros en la sombra,
entre el murmullo de la brisa entiende
ella una voz que tímida la nombra;
siente en los lazos del amor opreso
su corazón, y siente
de dulces labios perfumado beso
bañar sus ojos y rozar su frente;

pero quién sea su amador ignora,
y sólo triste sabe
que, como vuela, amaneciendo, el ave,
huye su amante al despertar la aurora.

Una noche... su mano la intranquila
lámpara oculta aproximando, aclara
el misterio escondido,
y al débil rayo de la luz que oscila,
sin flechas, ni arco, desceñido, inerme,
ve al dios alegre del amor, Cupido,
que enamorado entre sus brazos duerme.

Despierta el dios y con adusto ceño
a los ojos de Psiquis desaparece,
cual desaparece la visión de un sueño.

.....

De entonces triste y solitaria llora,
y en vano siempre aguarda,
desde que muere el sol hasta la aurora,
y ensordece la selva,
suplicando con mísero gemido,
que el dios voluble del amor, Cupido,
al fiel regazo abandonado vuelva.

Así el afán de investigar la ciencia
le roba al pobre corazón la calma;
así, al perder su cándida inocencia,
huye y no vuelve la ilusión del alma.



Canciones



Canción a la luna

Vedla ya allí: cual punto diamantino
brilló en la enhiesta cumbre
del pardo monte, y su fulgor divino
esparce en torno soñolienta lumbre.
A su temblante rayo cristalino



estremecido el viento se dilata;
la húmeda sombra se recoge en pliegues
al hondo valle, y su raudal de plata
mueve bullendo el plácido arroyuelo;
tiende la brisa de la noche el vuelo
que en la hojarasca, en lánguido murmullo,
largo susurra, y gime solitaria
la tórtola doliente,
que da de amor el postrimer arrullo.

Todo el espacio conmovido siente,
Luna, a tu luz, un lánguido embeleso,
cual casta virgen a quien dio el esposo
en la noche de amor el primer beso.

Busque en tu disco refulgente el sabio
la causa de tu luz, la mancha opaca,
la fuerza que te impele y tu camino;
y diga al hombre su ufanado labio,
como una prueba de su ciencia flaca,
la ley de tu destino.

¿Qué importa su palabra? Ante mis ojos
eres el áureo coche
do lenta cruza por el alta esfera
la reina de la noche,
marcando con luceros su carrera;
eres del manto que la noche viste,
de luz bordado sobre tarde triste,
el diamantino broche;
eres el ángel del amor, que vela
su misterio profundo
con esa sombra que el amante anhela:

¡Quién sabe! ¿Será acaso
que cuando el sol descende hacia el ocaso,
adormecido el mundo
sueña entonces tu cándida hermosura,
y es un sueño no más tu imagen pura?

De dulce paz y del silencio amiga,
reina del corazón, ¡cómo enamoras!
¡Con qué placer, siguiendo tu camino,
breves contemplo resbalar las horas!
Cuando en tu luz tranquila
se clava mi pupila,

allá en el fondo de mi pecho siento
brotar un sentimiento
de ternura inefable,
cual mezcla de tristeza y de contento;
siento que se alza en la conciencia mía
la voz de mi pasado,
áspera voz de la virtud austera,
que, condenando la pasada vía,
me marca en lo futuro mi carrera.

Y tú, elevada por el blando vuelo
del ángel que te guía,
llegas por fin a la mitad del cielo,
luz derramando en la extensión vacía.
De los astros la inmensa muchedumbre
se ha borrado a tu paso,
y tiembla sola tu igualada lumbre
del Oriente al Ocaso.

¡Paz en la inmensidad! ¡Reinas señora!
¡Oh! Si mi pecho enamorado fuera,
en la cándida luz que tu faz dora
la pura imagen de mis sueños viera,
y en esos rayos de flotante plata
viera su casto velo,
y en la paz que derramas por el cielo
la paz que en sus miradas se retrata.

Fínjome ver por los cercanos mares
pasar la nave, que a la costa llega,
y oigo que al canto de la musa griega,
un pueblo todo te levanta altares.
Ese tiempo pasó: roto contemplo
hoy, con amarga pena,
tu soberano templo
sepultado en la arena.

Pero tú no has pasado; tú iluminas
con tu eterno esplendor y lumbre pura
sus informes ruinas;
y yo que, triste al contemplarlas, lloro,
idólatra, cual soy, de tu hermosura,
aún, Luna, yo te adoro.

Canción, del ruiseñor de voz sonora
que trina por la noche en la espesura,

órnate con las galas,
y con sus prestas alas
a Edeta vuela, donde noble dama
te acogerá benigna, canción triste,
que ella, cual yo, las soledades ama.



Canción a las flores

Cuando la tierra toda
creó en un día el Hacedor Supremo,
como traje de boda,
la coronó de flores
de un extremo del mundo al otro extremo;
y cuando en el pecado
cayó el hombre, llorando sus angustias,
sobre el tallo delgado
doblando todas sus corolas mustias.



De entonces que en su frente
brillan las gotas de agua transparente,
que el viento del estío
seca, pasando con callado vuelo,
y son las tenues perlas del rocío
lágrimas de los ángeles del cielo.

Reinas de los festines
fueron en Grecia y Roma;
Semíramis les daba sus jardines;
Nerón gozaba en respirar su aroma.
Del seno de la flor que el Ganges cría,
nació el dios del Oriente;
risueño el Numen que preside al día,
hizo a la blanca Aurora
volar delante de su carro ardiente,
lluvia de rosas derramando en torno;
y la callada Noche al dios del Sueño
le ciñó como adorno
las guirnaldas de flores del beleño.

La Virgen sin mancilla,
la que en el trono de los cielos brilla,

dispensadora de perpetuos bienes;
la que del cieno arranca
y encumbra el alma a la región serena,
lleva en las nobles sienes
de tristes flores la corona blanca
y en las manos la cándida azucena.
Adorna la sencilla campesina
con rojas amapolas
de su cabello los flotantes rizos,
cuando en la cristalina
fuente de mansas olas
mira copiarse, alegre, sus hechizos.
La suntuosa estancia
donde en dorados búcaros consume
la flor de extraños climas sus corolas,
llena está de su célide fragancia;
llena de su perfume
la iglesia humilde de la pobre aldea;
flores lleva en la falda
la niña que en los prados juguetea;
de flores es la púdica guirnalda
que al pie del altar ciñe
la nueva esposa, cuyo rostro tiñe
vergonzoso el rubor de los amores;
cubren las frescas flores
del triunfador la clamorosa vía;
mústianlas en sus frentes
las impuras bacantes de la orgía;
cuídalas la doncella
que en la estrecha ventana,
para reír con ella,
las ve el cáliz abrir cada mañana.
El goce, que no dura,
ama las tiernas flores fugitivas;
la fría sepultura
ama las inmortales siemprevivas.
Tenues hojas brillantes,
juguete de los vientos inconstantes,
nacidas a la aurora
y muertas a la tarde,
víctimas de la lumbre que las dora

y en sus pétalos arde,
en vuestro seno posa.
rival de vuestras galas,
la incierta mariposa,
que es otra flor con alas.
Cual galán, que a la reja
de su amorosa esquiva
pesares canta, la dorada abeja,
zumbando en torno, en vuestro cáliz liba.
En vuestro seno quiso
Dios guardar una gota
de la perdida miel del Paraíso;
y en la esencia que en vuelo
leve al redor de vuestras hojas flota,
algo del aire que embalsama el cielo.
Cuando al morir el día
cruzo yo pensativo los jardines,
estrella que me guía
paréceme la flor de los jazmines;
y el capullo de rosa
que en el vergel descuella,
como púdica virgen, ruborosa
de que la llamen bella.
Son lluvia de amatistas los racimos
de las abiertas lilas.
La humilde violeta, que se pierde
entre el césped, semeja a las pupilas
de brillo azul tras la persiana verde.
Son cautivas beldades, entre abrojos
los azahares presos;
son los claveles rojos
labios que dan enamorados besos;
cetro de la hermosura
la rama de los frescos alhelíes;
voluble el girasol, se me figura
que dice «no te fíes».
Imagen del amor que amor procura
la pasionaria dulce y sin espinas;
cual Venus de los mares,
surgen de entre las aguas cristalinas
los blancos nenúfares,

y míranse inclinados
del claro arroyo en las sonoras linfas
los lirios azulados,
como en la fuente el grupo de las ninfas.

Bellas flores queridas,
hijas de la apacible primavera,
¡cómo al miraros siento las heridas
hoy renovarse de mi edad primera!
Los deseos del alma y su audaz brío
cruel el tiempo mata,
cual vuestro cáliz mustia y lo arrebató
la ráfaga de estío.
¡Cuánta esperanza se trocó en desmayo!
¡Cuánta ilusión en luto!
¡Y cuánta bella flor, nacida en mayo,
no dio al otoño el fruto!
Cual cubre el amarillo jaramago
las ruinas desiertas,
así un dolor indefinible y vago
cubre mis ansias muertas.
Pero ¿quién no ha salvado del olvido
un recuerdo feliz de sus amores?
¿Quién no guarda escondido
un ramo seco de marchitas flores?

ENVÍO

Canción, vuela distante,
vuela a mi edad amante,
y di en secreto a aquella
por quien mi eterno amor guardo constante,
que cuando veo flores, pienso en ella.



Canción a la rosa

Cuenta una vieja fábula que, cuando el Señor quiso
poblar de humanos seres el nuevo Paraíso,
aún virgen de dolor,
puso en las manos trémulas de la primera esposa
el capullo entreabierto de la primera rosa,



símbolo del amor.

Joya por los celestes artífices labrada,
y para la que dieron sus luces la alborada,
su blanca espuma el mar,
los invisibles ángeles las gasas de sus velos
y el aire los perfumes y aromas de los cielos
robados al pasar.

Para las ricas tintas de sus brillantes hojas
vinieron del Ocaso las llamaradas rojas,
de Oriente el arbol;
pidiéronle al rocío sus perlas por tesoro,
y formaron los pétalos de su corola de oro
con los rayos del sol.

De entonces que la rosa, de la materia oscura,
fue la transfigurada esencia ardiente y pura
que sube a lo ideal,
y en el humilde arbusto sobre la frágil rama
brilló con hojas tenues, como la casta llama
de un alma virginal.

De entonces que es la rosa como el sagrado emblema
de toda ambicionada felicidad suprema,
de todo inmenso bien;
adorno en los festines, ofrenda en los altares,
corona con que el vate por premio a sus cantares
ciñe la noble sien.

Recuerdo de lejana felicidad perdida,
prenda de un juramento de amores que no olvida
ninguno de los dos.

¿Quién sabe las historias de dichas o de angustias
que guardan de una rosa las pobres hojas mustias
que el viento lleva en pos?

¿Quién sabe los misterios de una existencia breve?
¿Por qué la engendra y mata el mismo soplo leve
de la brisa fugaz?

¿Por qué es la obra más frágil de Dios y la más bella?

¿Por qué es la imagen triste de ese placer sin huella
de la ilusión falaz?

Algo esa flor purísima de incomprensible esconde,
como un reflejo vago de aquella patria en donde
reside el sumo bien:

no se engendró en el barro la incorruptible esencia
que en su divino cáliz aún guarda la inocencia
perdida del Edén.

Por eso en fiel memoria de aquella edad primera,
cuando renace espléndida la verde primavera
vuelve esa flor gentil,
como el eterno símbolo de aquel amor profundo
que renueva el consorcio del cielo con el mundo
a cada mes de abril.

ENVÍO

Niña feliz que duermes bajo el materno arrullo,
como en jardín cerrado tiernísimo capullo
dormido en un rosal,
cuando esas flores mires abrirse en tus ventanas
piensa que son las rosas las cándidas hermanas
de tu alma celestial.



Ocasionales



Versos improvisados

Con motivo de la inauguración del ferrocarril de Almansa a Valencia

Niño, aprendí la impura
fábula del orgullo.
Con signos de misterio
un mágico guardó en prisión oscura
al infernal espíritu, y su imperio
acrecentó con la alianza impía
de modo tal que el tiempo y la distancia
con su indomable voluntad vencía.
¡Sueños de la ambición!, ¡conseja vana
que yo escuché del ignorante labio!
¡Ah, no. Esperad, y trocaréis mañana
la magia en ciencia, el ignorante en sabio!
Y fue verdad: que el dilatado ambiente
rugió encerrado en la prisión estrecha



de hierro y bronce, y la soberbia mente
del hombre lo domina y le señala
su curso inquebrantable, y obediente
él a la activa voluntad iguala.

Miradle: rebramando el monstruo fiero
sueitas al viento sus nevadas crines,
con ímpetu altanero
salva de Edeta alegres los confines.
Ya por los valles cóncavos retumba
su estridente rugido;
ya en las llanuras castellanas zumba,
y entre el fragor sonoro
de sus miembros de hierro, álzase erguido
el hombre y rige sus tirantes de oro.

¿A dónde marcha?... Ardiente mensajero
de un siglo de gigantes,
él los espacios vencerá altanero
climas y razas para unir distantes.
Es el Mercurio antiguo,
dios de la industria: con febril deseo
bate las alas de sus pies, y agita
de eterna paz el santo caduceo.

Es rey: por eso al travesar delante
del pueblo fiel, que a su redor se apiña,
extienden a sus pies la cambiante
alfombra aquí de la feraz campiña.

Es vencedor: por eso sus entrañas
abre la tierra, y como honor gigante
da por arcos de gloria sus montañas.

Vedle: la tierra dominó, y los mares
sojuzgando también, por sus llanuras
surca buscando los ignotos lares
de pueblos mil. Los cielos a la Europa
quisieron dar su imperio, y de la bruma
que blanca se alza sobre el mar, forjaron
agusto el cetro que su diestra abrumba.

Hoy aguarda impaciente el firme lazo
roto mirar con que la Libia unida
vive con Asia en fraternal abrazo;
y cuando choque la onda turbulenta

de un mar con otro mar, cruzará erguida
la nave audaz que con su fuego alienta,
y el raudo curso con secreto pasmo
el árabe ha de ver que triste sigue
hoy del camello la pisada lenta.

¡Genio libertador!, por ti alza el hombre
noble a los cielos la abatida frente,
cuyo sudor fecundizó la tierra:
que en ti el poder de redimir se encierra.
Mísera muchedumbre
que alzaste las pirámides, ya ha roto
la humanidad su innoble servidumbre:
hoy un poder ignoto
que con su ciencia doma,
al hombre ayuda con esfuerzo bravo,
y al Espartaco de la antigua Roma
le sucede el Vapor, el grande esclavo.

▽△

A la señora doña D. M.

Enviándole copia de unos versos que le escribí en 1864

Vuestro encargo cumplí. De mano propia
saqué de antiguos versos nueva copia;
y como suele en el otoño pálido
un día de sol cálido
fingirnos que volvió la primavera,
así yo me fingí (dulces engaños
de la imaginación) que era quimera
el transcurso veloz de veinte años.
Aún en aquella playa
la ola del mar murmurador desmaya;
aún las velas latinas
pasan por el confín del horizonte,
y aún el lejano monte
cubre su falda azul con las neblinas.
¡Todo está como entonces!
Tañe la ermita sus sagrados bronces;
la alquería se pierde

▽△

de los parrales bajo el toldo verde;
dan su agreste perfume en la serena
noche las madre selvas trepadoras,
y duermen, recostadas en la arena,
las fatigadas barcas pescadoras.
¡Todo está como entonces!... ¡Sólo falta
la juventud!... La juventud risueña,
que logra ser, cuando el amor la exalta,
del sol, del aire y de las almas dueña.
¡La juventud pasó!... y el torbellino
de la existencia humana
trocó en zarzas las rosas del camino
y en triste duelo la esperanza ufana.
Vos, como yo, señora,
al retornar ahora
el pensamiento a los lejanos días,
vemos en la extensión vaga y desierta,
en vez de las soñadas alegrías,
pasar gimiendo nuestra dicha muerta.
¿Para qué entristeceros?
los que el alma perdió, seres queridos,
a nuestro lado van por los senderos
de la vida, invisibles y escondidos.
Ellos hacen que obre
actos de bien la fe de los cristianos,
y ellos ponen, señora, en vuestras manos
la limosna del pobre.
Por eso cuando el ánimo os taladre
de la ajena amargura el triste peso,
sentiréis en la frente el dulce beso
de vuestra santa madre.
Perdonad, bella dama,
si vuestros ojos tersos
logré empañar con lágrima importuna.
¡Dichoso el tiempo aquél que hicimos versos

a la naciente luna!



2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

